

An illustration of a woman and a child walking away from the viewer down a cobblestone street. The woman is wearing a red dress and the child is wearing a yellow shirt and red shorts. They are holding hands. The street is lined with colorful buildings and decorated with a string of international flags, including the United States, Mexico, Argentina, and others. The sky is blue with white clouds.

Historias de Mamá

Historias de Mamá



*En memoria de Claudia Patricia Gómez
González, Anyi Karina Peraza Rivera y
muchas otras madres que no pudieron
construir una vida mejor para sus hijos.*

Créditos

Escritores de El Nuevo Sol, 2026:

Briana Méndez-Padilla, Helen Flores, Kimberly Chacón, Robert Andaluz, Ariadna Sánchez, Jennifer Valdez, Andrea Peña, Luis Mirón, Leylani Castillo, Camila Lehmann, Jhonatan Navarrete, Melody Soto y Tania Hernández.

Escritores de Impulso: Myriam Reyes y Briana Méndez-Padilla

Asesores de contenido: José Luis Benavides y Jacqueline García

Editora de libro: Katherine M. Hernández

Dirección creativa: Shally Juárez

Liderazgo de proyecto: Linette Limón y Katy Escalante

Diseño de portada: Catherine Carstens

Diseñador de maquetación: Alex Valerio

Ilustradores:

Angelina Rassam, Apolline Villanueva, Catherine Carstens, Esther Guzmán, Joie Solano y Josh Reyes

Carta de la Editora

Mi nombre es Katherine Hernández, y ser editora de este libro ha sido una de las experiencias más importantes y significativas de mi vida. Este proyecto no es sólo una recopilación de historias; es un homenaje al amor, la valentía y la fuerza de las madres que decidieron emigrar a los Estados Unidos en busca de un mundo mejor para sus hijos.

Creo profundamente que una madre es una de las personas más importantes en la vida de un hijo. Las madres que forman parte de este libro hicieron sacrificios enormes: dejaron atrás su país, su familia, sus raíces y muchas veces sus propios sueños, todo con la esperanza de ofrecerles a sus hijos un futuro más estable, más seguro y lleno de oportunidades. Estas historias reflejan decisiones difíciles, pero también una fortaleza admirable.

Estas experiencias resuenan conmigo de manera personal, porque mi propia madre tomó decisiones muy similares a las de muchas de las mujeres que aparecen en estas páginas. Gracias a su valentía y sacrificio, hoy puedo entender el verdadero significado del amor incondicional y del esfuerzo silencioso que hacen tantas madres todos los días.

Carta de la Editora

Las madres merecen ser admiradas y reconocidas. Son el pilar de sus familias, las guías de sus hijos y una fuente constante de apoyo, aun cuando el camino se vuelve difícil. Cada una de estas mujeres es una verdadera heroína, una campeona de la vida, una luchadora que nunca se rindió.

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todas las personas que hicieron posible este libro: a quienes compartieron sus historias con honestidad y valentía, a quienes apoyaron el proceso creativo y, especialmente, a todas las madres que confiaron en nosotros para contar su verdad. Este libro es para ellas, para las mamás luchadoras, para aquellas que nunca se dieron por vencidas y que siguen construyendo un mejor mañana para sus hijos.

Con admiración y gratitud,
Katherine Hernández

**“Por ellas, que hicieron
del sacrificio un
puente y del amor la
fuerza que sostuvo
cada nuevo comienzo”.**

Tabla de Contenido

Un coraje llamado amor.....	11
Rompiendo barreras culturales	19
Legado culinario a la comunidad.....	25
Del campo a nuevos horizontes	29
Aprender un nuevo idioma	35
Las Madrinas de los Desaparecidos.....	39
<i>Finding Chicanismo</i>	45
Amor que aprendió a decirse.....	51
Cruzando fronteras con esperanza	55
Raíces que no se olvidan	59
El año más largo de mi vida.....	65
La cosecha de Juana	69
El nido vacío.....	75
Oportunidades y bendiciones.....	79
Trabajo duro y recuerdos del campo	85

Capitula 7

Un coraje llamada amor

Por Tania Hernández

El desgarrador y valiente viaje de una madre salvadoreña que, junto a su hija pequeña, atraviesa fronteras, ríos, camiones y el desierto, impulsada por el amor y la esperanza de reunirse con el padre de la niña.

A tardece y veo cómo el sol se oculta; recuerdo muy bien el día que tomé la decisión más dura de mi vida, emigrar de El Salvador a Estados Unidos, acompañada de mi pequeña hija, la cual en ese entonces tenía solo cinco añitos. En mi ser se entremezclaron todos los sentimientos que una madre puede experimentar: dolor, tristeza, alegría, felicidad, emoción, miedo, etc. Pero mi objetivo era lograr ante todo la felicidad de mi hija, la cual quería vivir al lado de su papá. Hablé con mi pequeña, le dije que haríamos un viaje muy largo en donde caminaríamos y además conoceríamos muchos lugares.

Salimos del Departamento de Usulután cuando el sol comenzaba a ocultarse; viajamos en autobús hasta llegar a la frontera de Guatemala, continuamos caminando toda la madrugada hasta llegar a una casa

muy humilde. Tenía suelo de cemento, una hamaca y una mesa de madera, Ahí nos quedaríamos a dormir. Estreché en mis brazos a mi hija; su corazón junto al mío latía fuertemente.

Al amanecer nos levantaron y partimos del lugar. Nos llevaron al centro de la ciudad de Guatemala y nos hospedaron en un hotel, allí en el cuarto que nos dieron ya se encontraban 12 personas más. Al día siguiente, nos llevaron a una estación de autobuses. A nosotras, nos sentaron en el primer asiento; el conductor nos dio instrucciones de lo que teníamos que decir por si alguien nos interrogaba y nos dijo que el viaje sería largo. Mi niña traía con ella una muñeca; su vestidito era color rosado con una flor y su cabello rosado de lana, todo el cuerpecito de la muñeca era de algodón y la cabeza de plástico.



Ilustrado por: Catherine Carstens

“Ella era su compañera de viaje de mi princesa”.

En una de las estaciones, se subieron a bordo dos policías. Mi corazón comenzó a latir con mucha fuerza. La mujer policía se acercó a nosotras y tomó la muñeca de la niña y le comenzó hacer varias preguntas:

“¿Es tu muñeca?”

Y mi hija contestó: “Sí, es mía”.

“¿Cómo se llama?”

“Rosita”

“¿Ella es tu mamá?”

“Sí, ella es mi mamá”

“¿A dónde van?”

Yo en ese momento contesté lo que me habían dicho que dijera, para mí fueron los minutos más largos de mi

vida. Comenzó mi cuerpo a temblar, mis manos sudaban. Afortunadamente, llevaba una manta cubriéndome que cubría mi temor. Finalmente, terminó el interrogatorio y la policía le entregó la muñeca y nos dijo buen viaje. Fue un largo viaje en el autobús, finalmente llegamos a unas viviendas muy apartadas que se encontraban cerca de un río. Nos dieron instrucciones de que pasaríamos un río y además caminaríamos toda la noche, pero mi mente solo pensaba una cosa: “¡De dónde salió tanta gente!” En ese punto, éramos como trescientas personas. Adentro del río se encontraban varios hombres. Uno, con una llanta de carro, agarró a mi hija y la introdujo adentro de la llanta. Me dijo: “agárrate de la llanta y sostén a tu hija”.

El Río Suchiate

Con mi otra mano, tomé a la persona a mi lado, formamos una cadena humana para atravesar el río. Llegamos al otro lado, se vislumbraba una finca con muchos árboles frutales. En ese momento, comenzó a llover muy fuerte. Caminamos toda la noche, mis piernas se sentían pesadas ya que estaban llenas de lodo. La lluvia fue nuestra compañera durante la noche. Yo hacía turnos con mi cuerpo: cargar a mi hija en mi cuello, espalda, pecho hasta llegar al siguiente punto de nuestra travesía.

El camión

El camión que nos llevaría hacia nuestro siguiente punto de nuestro viaje estaba dividido por una malla de acero. En la parte de arriba, irían los hombres y en la de abajo, las mujeres. Solo contaba con un respiradero en la parte de abajo, en forma cuadrada. Viajamos durante varios días en esa jaula de acero. Era asfixiante. Los hombres orinaban en una botella de plástico, pero siempre caían gotas a nuestra cara, cabello, cuerpo. Eso se volvió asqueroso. El olor era demasiado fuerte, algunas personas se desmayaban, otras murieron. Mis ojos derramaban lágrimas al escuchar los llantos desesperados, sentir la angustia, solo me quedaba seguir respirando el poco aire que entraba para continuar mi camino.

Puebla

Pasaron algunos días en el infierno de aquel camión. Tan pronto se detuvo; llegamos a un lugar parecido a

una hacienda o un hotel en pequeño. Nos comenzaron a bajar. Los hombres eran dirigidos a unos cuartos que se encontraban del lado derecho de la casa —una casa con dos plantas— y todas las mujeres y niños estábamos en el segundo piso. Nos proporcionaron toallas y ropas para asearnos y nos colocaron en cuartos pequeñitos, donde la puerta era cortinas de tela. El haber transitado por la lluvia, el sofocante calor dentro del camión, provocó que mi niña comenzara a sentirse mal. Mi hija estaba prendida de temperatura. Comenzó a convulsionarse. Mi mente comenzaba a torturarme: si a mi hija le pasaba algo. El remordimiento, la culpa todo se me amontonaba en mi mente. Preocupada, llegué a pensar en ese momento lo peor: mi hija podría morir. La propietaria de la vivienda mandó traer medicamento para la niña. Yo en mi desesperación la abrazaba fuerte. Pedía a Dios que ese tormento me lo pasara a mí. Yo era más fuerte para resistir cualquier cosa. La bañaba con agua con hielo para bajar la fiebre. Llegó el momento de partir, pero mi hija aun no mejoraba. El guía me dijo que tendría que quedarme a esperar otro cargamento ya que no podía arriesgarse hasta que mi hija se recuperara. Me quedé sola con mi hija en ese lugar y me dije: si mi niña no mejora, regresaría a mi país. Me postré de rodillas y con mis brazos abierto exclamé:

“Dios ayúdame a tomar la mejor decisión para nosotras, por favor no me sueltes de tu mano”.

Después de esta plegaria, un caudal de lágrimas salió de mis ojos. Al pasar de los días, mi niña comenzó a mejorar, ya comía. Un día por la noche, escuché que



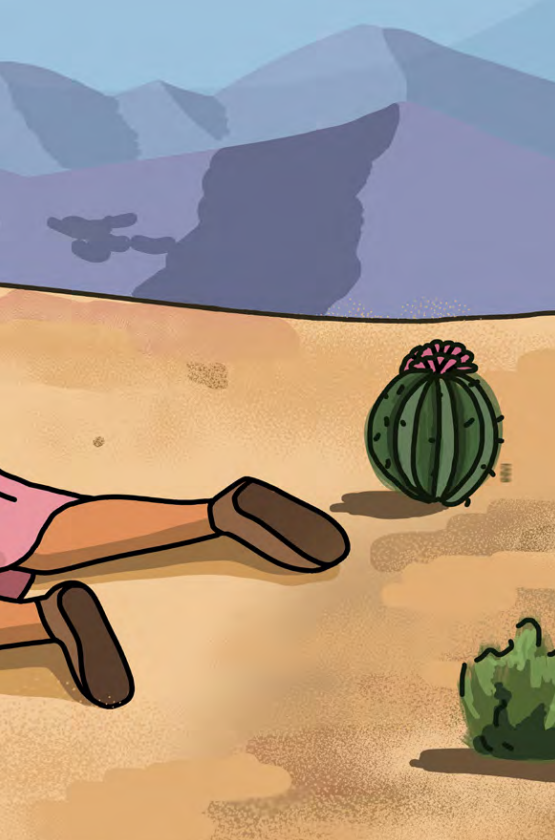
llegó el camión y Dios me dio la señal de continuar, y dije: En esta tanda me voy. Sin saber lo que vendría.

El desierto

Me subí al autobús. Solo bajábamos a las estaciones a utilizar el baño, hasta que llegamos a un lugar muy parecido a una bodega. El piso era de cemento, señalado con líneas amarillas. Cada espacio era para dividir a las personas, nos acostábamos intercalados. Pensé que ya había sufrido bastante y que lo que vendría no sería mucho. Qué equivocada estaba. Nuestro calvario apenas comenzaba.

Había escuchado historias del desierto, pero ahora conocerán la mía, lo que vivimos en carne propia al atravesar ese duro desierto. Al recordar

se me hace un nudo en la garganta. Para adentrarnos en el desierto, nos entregaron una mochila, la cual contenía comida enlatada, 2 barras de pan y 2 galones de agua. Nos fueron acomodando en grupos de treinta y dos personas y nos pusieron un nombre de animal: "Serpientes." Caminábamos por la noche hasta el amanecer. Al salir el sol, nos resguardábamos en una cuevas de tierra con arbustos, donde solo podíamos estar entre tres o cuatro personas. Al cuarto día de caminar, mi cuerpo empezó a resentir el cansancio, más el peso de la mochila, los galones de agua y mi niña. Perdí el conocimiento. No recuerdo cuánto tiempo estuve así. Cuando volví en mí, recuerdo que no paraba de llorar por la angustia que sentía de poder dejar a mi niña sola y en el desierto, ya que no



Ilustrado por: Catherine Carstens

sabía si la dejarían ahí si algo me pasaba. Ella con sus bracitos me abrazaba y me decía con sus ojitos llenos de lágrimas

“Mamá, mamita, no te mueras, por favor, no me dejes solita aquí”.

Mi cuerpo decía que ya no podía, pero mi mente reaccionó y me dijo: tú puedes lograrlo, no puedes dejar a tu hija, aunque sea lo último que hagas, entrégale tu niña a su padre. Tomé una gran bocanada de aire y sentí que mi alma volvió a mi cuerpo. El sexto día, ya no teníamos ni agua ni comida. Algunos compañeros de viaje ya no podían caminar y los dejaban en unas brechas para que pudieran ser vistos por migración y se los llevarán. Caminando por la noche, resbalamos por una ladera profunda, llevándome

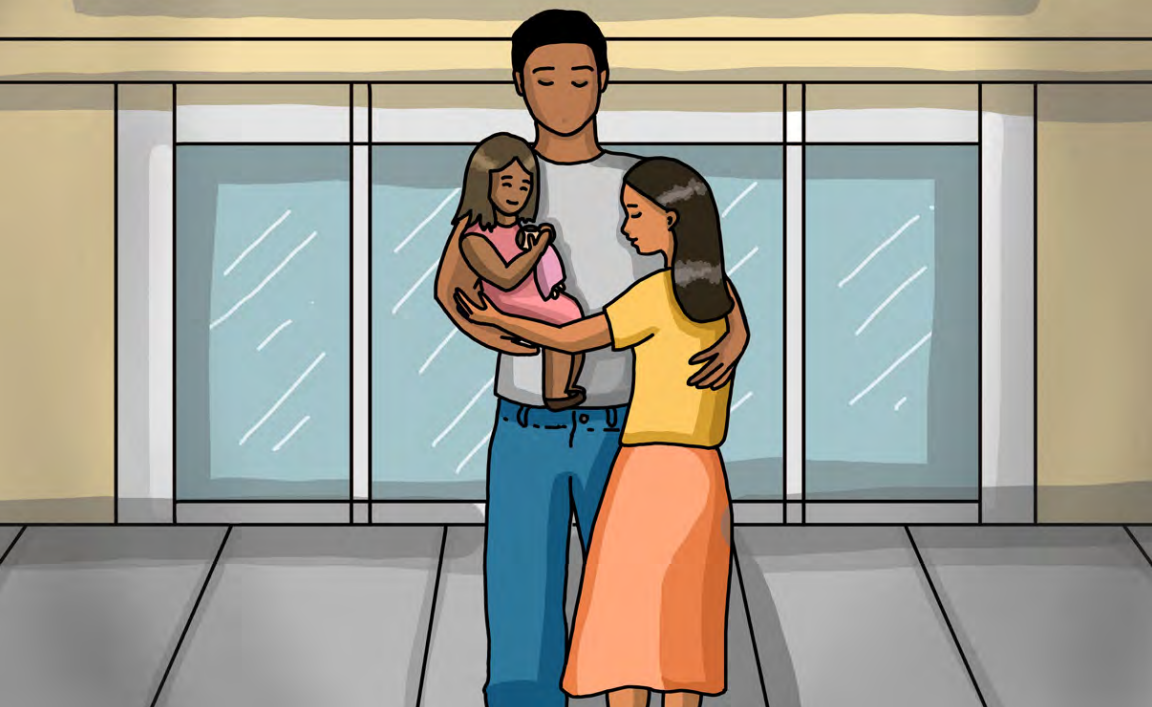
ramas, piedras. Al terminar, llegué adolorida y me quedé quieta. Se escuchó un helicóptero y nos dijeron que miráramos al suelo. Alguien dijo: “Abramos un cactus de esos grandes para obtener agua”. Tenían un tipo de esponja blanca que al exprimirla salía agua, una bendita agua en ese desierto. Llegamos a un punto donde nos detuvimos. El guía nos dijo que esperaríamos ahí, en medio de la oscuridad. De pronto, apareció una troca. Varios nos subimos adelante y otros en la parte de atrás. Comenzó a avanzar con las luces apagadas por un largo tramo.

Finalmente llegamos a una carretera donde estaban varios carros, cada uno con destino diferente. Nos subimos al que iba a Los Ángeles. Durante el trayecto, comencé a ver carros y letreros hasta que llegamos a un edificio de apartamentos, donde nos prestaron un teléfono para poder comunicarnos con nuestros familiares. Pasamos varios días ahí, hasta que llegó el nuestro.

El reencuentro

Las emociones se aglomeraban en mi ser. Nos subieron a un carro y de ahí partimos a un centro comercial, donde había una lavandería, restaurantes y varios locales pequeños. La persona que nos transportó nos dijo que nos bajáramos del auto y nos dirigiéramos hacia la lavandería y que ahí nos quedáramos, esperando a que llegara la persona que nos recogería. Pasaron 30 minutos

Laundromat



Ilustrado por: Catherine Carstens

más o menos, cuando vi una cara familiar que venía acercándose. Iba en una camioneta verde que pasó lentamente por donde estábamos y fue a estacionarse. Salió del vehículo y comenzó a caminar hacia nosotras. Nos invadió todo tipo de sentimientos, nerviosismo, etc. Mi hija comenzó a moverse impaciente, brincando al reconocer a su papá, me soltó de la mano y salió corriendo a encontrarlo, se le abalanzó en sus brazos.

“Papá, papito, ya estoy aquí”.

Yo me quedé estática, sentía que una emoción tan grande, sentía que mi corazón saldría de mi pecho. Mis ojos eran un torrente de lágrimas, ya que fue el momento más bello de ver a mi hija feliz al lado de su padre. Alcé

mi mirada al cielo y agradecía a DIOS por no haberme soltado de su mano, y mi mente dijo:

“¡Ves, lo lograste! Por el coraje y por amor de ver feliz a tu hija”. Nos abrazamos los tres juntos, sin pronunciar ninguna palabra.

**“Papá, papito,
ya estoy aquí”.**

Capitula 2

Rompiendo barreras culturales

Por Myriam Reyes/Impulso

Una de las primeras músicas integrante de la Banda de Yatzachi El Bajo (YEB), toda una institución musical Oaxaqueña en California.

Ofelia Guzmán, quien con sencillez y orgullo se identifica como indígena zapoteca de la Sierra Juárez del estado mexicano de Oaxaca, es una de las madres precursoras de la música de viento tradicional oaxaqueña en California.

La inmigrante inició su carrera en Estados Unidos hace más de 30 años cuando no había mujeres en este ámbito musical-cultural y era muy difícil poder participar y ser aceptada en una banda de viento oaxaqueña, tradicionalmente integrada solo por hombres de la comunidad.

La señora Guzmán, quien tiene 78 años de edad, se reconoce como una persona privilegiada a pesar de que su transitar por la vida no ha sido nada fácil. “Puedo disfrutar de las cosas que más amo, que es la música y el tener la habilidad de hablar zapoteco mi lengua indígena y español e inglés,” dijo en voz baja.

Durante una amable charla sostenida en su casa en la ciudad de Los Ángeles, recordó la manera en que tuvo que dejar su pueblo San Baltazar Yatzachi El Bajo (YEB) a los 12 años de edad.

“Una de mis hermanas que trabajaba para un alto funcionario, según nos dio a entender, vino al pueblo por mí y me llevó a vivir con ella a San Antonio, Texas para que pudiera seguir con mis estudios, ya que en mi pueblo sólo había escuela hasta el 4o. año de primaria”.

En 1959, ya estando en Estados Unidos, los patrones de su hermana, enviaron a Ofelia a dos diferentes internados con niños mexicoamericanos, para que estudiara y aprendiera a hablar inglés, porque con sus hermanas sólo utilizaba la lengua zapoteca.

Ofelia estuvo estudiando en una escuela de una iglesia bautista por 2



Ilustrado por: Esther Guzman

años y después en una institución educativa metodista en Oklahoma.

“Eso fue muy curioso y extraño para mí porque soy católica, pero me siento muy afortunada porque puedo hablar mi lengua indígena, español e inglés, además de que contaba con mis documentos legales de estudiante porque en ese tiempo nos ayudó la jefa de mi hermana y después me hice ciudadana”, comentó.

“Con el tiempo la mayoría de mis hermanas y otros paisanos dejaron Texas y se vinieron a Los Ángeles. Yo llegué en 1967 con ellas y terminé de estudiar la preparatoria”.

Ofelia continuó con su preparación académica hasta lograr graduarse, pero a la edad de 20 años volvió a re-encontrarse con Zacarías Guzmán, alguien a quien conocía desde niña cuando residía en su pueblo en la Sierra Juárez de Oaxaca y al poco tiempo establecieron una relación de noviazgo que dio paso a la boda convirtiéndose en padres de unos gemelos, Ben y Ali, quienes ahora tienen 53 años de edad y ya son padres de familia.

Los tiempos en esa época eran difíciles para la pareja por lo que decidieron no tener más hijos, debido a que no contaban con una estabilidad económica.

Cuenta que estaban indecisos en si era mejor quedarse o regresar a México pero debido a la crisis y a la devaluación del peso que se suscitó en el país azteca optaron por establecerse en Estados Unidos donde había más oportunidades.

Ofelia admitió que aunque sus hijos solo hablan algunas frases en zapoteco, les inculcaron el amor por sus orígenes, la música y su cultura, lo cual agregó: “no fue nada fácil”.

“Cuando mis niños tenían la edad de 11 años se vino el problema de las pandillas muy serio, muy grave en Los Ángeles, era la década de los 80”, recordó Ofelia. “Los cholos se venían a parar enfrente de la casa y todos vendían drogas y usaban un árbol viejo y los tubos del enrejado para esconderlas, y no podíamos hacer nada, ni llamar a la policía porque escondían todo”.



Ilustrado por: Esther Guzman

“Entonces para proteger a nuestros hijos y mantenerlos fuera de los problemas de pandillas, mis paisanos, Zacarías y yo decidimos crear un grupo de música para que estuvieran ocupados, al mismo tiempo que aprendían más de nuestra cultura”, explicó. “En ese tiempo al igual que mi esposo yo trabajaba, pero con una agencia que conseguía empleos temporales”.

“Para proteger a nuestros hijos... decidimos crear un grupo de música para que estuvieran ocupados, al mismo tiempo que aprendían de nuestra cultura”.

Su preparación académica y su habilidad con las matemáticas y los idiomas, le permitió ocupar diferentes puestos en diversas empresas y así fue escalando profesionalmente hasta llegar a trabajar en el edificio de la



Ilustrado por: Esther Guzman

empresa ARCO con uno de los contadores como su asistente.

Ofelia Guzmán siguió trabajando para ayudar a pagar la casa que había adquirido junto con su pareja, pero el problema de las pandillas y el tráfico de drogas seguía agravándose y al inicio era poco lo que la policía podía hacer para combatirlos.

Fue así que su esposo Zacarías que había estudiado música en México empezó a tratar de formar la Banda de Música de Viento Yatzachi El Bajo (YEB) en la década de los 90, logrando ponerse en contacto con Alberto Montellano un profesor de música del pueblo de Villa Hidalgo Yalalag, también localizado en la Sierra de

Oaxaca, quien lo ayudó en sus comienzos.

“El grupo se formó aquí con unas personas que habían sido músicos en nuestro pueblo”, reveló Ofelia y agregó que su esposo y sus hijos se iban a practicar música los sábados y domingos, y a veces lo hacían entre semana cuando tenían que ensayar más por alguna presentación: “todos estaban muy emocionados porque en ese tiempo no había ninguna banda de música folklórica (oaxaqueña) en el país”.

“Empecé a relacionarme otra vez con la música cuando mi esposo y mis hijos tomaron clases de música y comenzaron a ir a los ensayos y a las

presentaciones”, recalcó. “Entonces, me quedé sola en casa y dije qué hago aquí si mi papá y mi abuelito también fueron músicos. Fue así que decidí ir a verlos y a escucharlos hasta que empecé a tomar clases y me gustó”.

“Me quedé sola en casa y dije qué hago aquí si mi papá y mi abuelito también fueron músicos. Fue así que decidí ir a verlos y a escucharlos hasta que empecé a tomar clases y me gustó”.

“Esa fue una manera de tener a toda la familia unida”, aseveró Ofelia. “Y a los niños y a los jóvenes de la comunidad los pudimos mantener seguros y a salvo de los problemas de las pandillas porque siempre estaban ocupados, estudiando o con la música y a través de ella también aprendían a querer nuestra cultura”.

El abuelo y padre de Ofelia habían sido músicos en su pueblo. Ella como muchas niñas de las comunidades indígenas oaxaqueñas crecen escuchando y viendo cómo sus familiares tocan la música tradicional durante sus festividades y eventos culturales.

Es toda una tradición que cada comunidad serrana tenga su propia banda de música de viento para amenizar las celebraciones religiosas, cumpleaños y hasta los velorios y entierros de los seres queridos.

La música de viento la aprenden desde la infancia, pero Ofelia no fue hasta los 30 años de edad que realmente se enseñó a tocar el saxofón y ha estado con la banda YEB desde su creación hace 36 años, convirtiéndose en una de las primeras mujeres oaxaqueñas en esta bonita pero difícil carrera, y en abrirles camino a las nuevas generaciones de inmigrantes y sus descendientes féminas oaxaqueñas en Estados Unidos.

Una vez que sus paisanos supieron de la existencia de la banda empezaron a invitarlos a tocar en eventos culturales en diferentes localidades de Texas, Denver, Arizona y California, y después en la Guelaguetza cuando comenzaron a realizarse esos festivales en diferentes ciudades de la Unión Americana.

La fama trascendió de tal manera que un fotógrafo profesional le tomó una foto a ella cuando estaba tocando su instrumento musical en una presentación que tuvo con la banda de música folklórica en una Universidad, misma que mandó a imprimir y enmarcar para regalársela en reconocimiento a su talento y trayectoria profesional.

Ofelia dijo que recibir ese tipo de atención la hizo sentir un poco de pena, “pero por dentro me sentí muy contenta y orgullosa”, dice, “porque la música es algo que traigo en la sangre porque viene de familia, y así estaba ayudando a reavivar nuestra cultura y costumbres para las futuras generaciones y hasta la fecha nos siguen llamando para tocar en bautizos, cumpleaños, fiestas patronales y en las Guelaguetzas y mientras pueda voy a seguir participando porque más que un trabajo es un deleite y espero que las jóvenes puedan continuar con esta tradición”.

La Banda YEB está integrada por al menos 25 músicos, entre inmigrantes y sus descendientes nacidos en este país. Y es una de las bandas más representativas de la cultura musical oaxaqueña, de la cual Ofelia es parte fundamental.

Capitula 3

Legado culinario a la comunidad

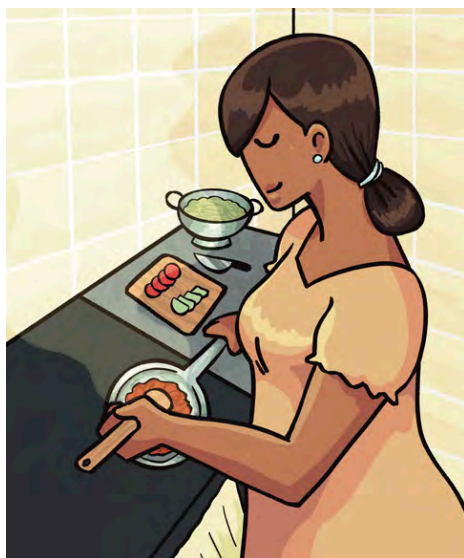
Por Briana Méndez-Padilla/Impulso

Conocida cariñosamente como “Domi”, Dominga Rodríguez Velasco es una oaxaqueña cuya determinación, disciplina y pasión crearon su propio legado en la cocina oaxaqueña en el sur de California.

Desde la cocina de sus abuelos en Oaxaca cuando era niña hasta la cocina del restaurante oaxaqueño de su hija Liliana y su yerno Valentín Granja en el barrio coreano de Los Ángeles, Dominga Rodríguez Velasco dice que siempre ha vivido en la cocina.

Para ella la cocina ha sido algo constante y muy importante, ya que le ha traído empleo, dinero, comida y comodidad. La migrante de 67 años es una pionera de la comida oaxaqueña en Los Ángeles e inspiración para la creación de restaurantes de comida tradicional oaxaqueña en California y otros estados.

“Antes no había restaurantes oaxaqueños, y nadie quería la comida oaxaqueña, solo los oaxaqueños que



Ilustrado por: Angelina Rassam

venían del otro lado”, dice Rodríguez Velasco, quien llegó a Los Ángeles en 1995 con el propósito de ser cocinera tradicional.

Ella había trabajado en una cocina económica en Oaxaca, y cuando emigró, se propuso llevar sus platos auténticos y perfeccionados a cualquier lugar donde trabajara. Cuando un antiguo empleador se aprovechó de ella e insistió en que le escribiera sus recetas, y después la despidió de su restaurante, Rodríguez Velasco no se preocupó en lo absoluto; el sazón que ella trae a los platillos no se puede replicar.

“Antes no había restaurantes oaxaqueños, y nadie quería la comida oaxaqueña, solo los oaxaqueños que venían del otro lado”.



Ilustrado por: Angelina Rassam

“Tú puedes dar todo lo que tú quieras, pero todos tenemos una esencia, todos tenemos un don”, dice la oaxaqueña. “La esencia es lo tuyo, lo que tú traes. Tú puedes dar la receta, pero falta que te salga igual a ti”.

Muchos son atraídos por la sazón de Rodríguez Velasco. ¿Su secreto? Una fiel adhesión a las recetas originales.

“La comida de nosotros es rústica, no puedes modificar nada”, explica. “A mí me gusta ver qué bueno hay de

Oaxaca para volver a meter aquí”.

“La comida de nosotros es rústica, no puedes modificar nada”.

Por eso mismo, Domi es enemiga de las latas, las cuales considera contienen mucho sodio. Su comida utiliza ingredientes naturales. La autenticidad es crucial para Rodríguez Velasco, al modo que cuando elabora platillos tradicionales, su cocina huele como si estuviera en Oaxaca.

A Rodríguez Velasco se la ha comparado con un fénix y con un roble, dos símbolos que describen con precisión su resiliencia y autosuficiencia.

Como la mayor de 13 hermanos y con una madre que trabajaba en el comercio, Dominga asumió el papel de madre desde muy niña. Ella era quien cuidaba, daba de comer y alistaba para la escuela a sus hermanos.

Esa responsabilidad a una edad tan temprana le robó la niñez, dice Rodríguez Velasco, pero a la vez le enseñó a ser independiente y disciplinada, cualidades que inculcó en sus hijas.

“A mí no me gusta depender de nadie, y aunque yo no tengo estudios, porque yo nada más llegué a tercero de primaria, una mujer preparada donde quiera vale”, dice.

Rodríguez Velasco tiene tres hijas, y para ella ser mamá es lo más importante. Desde los 17 años cuando nació su primera hija, todo lo que ha hecho en su vida, ha sido para asegurarse que ellas estudien y tengan una buena vida.

Es por eso que emigró a Estados Unidos para proveerles de todo y que fueran profesionales, pero insistía en no vinieran con ella en ese tiempo. Rodríguez Velasco quería establecerse primero y poder mandar dinero para



Ilustrado por: Angelina Rassam

que terminaran sus carreras.

“Dije voy a forjarme, voy a hacer que ellas estudien y no voy a querer que trabajen para la gente. Quiero que ellas sean ellas”, dice.

“Voy a hacer que ellas estudien y no voy a querer que trabajen para la gente. Quiero que ellas sean ellas”.

La paz y la plenitud que irradia cuando hablas con Domi, no ha llegado de la nada. Rodríguez Velasco ha enfrentado sus propias batallas con su salud mental, sufriendo tanto de depresión como ansiedad. Relata que cuando entró en mucha depresión, solía preguntarse “¿qué le debo yo a la vida? ¿Por qué me trató así?”. Pero gracias a la terapia, ha podido manejar mejor sus emociones y

cambiar su forma de pensar.

“Yo a la vida no le debo nada”, dice. “La vida es para mí y la debo disfrutar y debo ser yo. He tenido tropiezos, levantadas y me ha tumbado como no tienes idea, pero me he levantado”.

Rodríguez Velasco no le pide más a la vida. Dijo que le ha dado la oportunidad de ver a sus hijas triunfar, le han dado nietos que amar, un esposo que la adora y continua haciendo lo que le apasiona: cocinar.

En lo que a ella respecta, ha cumplido su sueño.

Capitula

4

Del campo a nuevas horizontes

Por Helen Flores

Esta historia relata la vida de Yeymi Azucena, quien creció en una familia humilde del campo en El Salvador, aprendiendo desde niña el valor del trabajo, la fe y la educación.

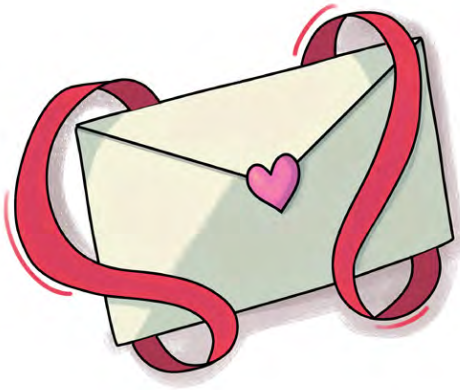
Mi nombre es Yeymi Azucena. Yo nací en un cantón llamado Las Pozas, municipio de San Lorenzo en el departamento de Ahuachapán, El Salvador. Nací en una familia pobre pero muy unida. A la hora de nacer, mi mamá no fue al hospital ni a la unidad de salud. Nací en la cama de mi casa, la partera fue mi abuela porque había una señora que vivía en el cantón Las Pozas, y a estas señoras les llamaban matronas, eran quien asistían partos. Era prácticamente como una enfermera sin tener título, pero eran buenas. La gente le tenía fe. La señora curaba empachos, recetaba medicinas para dolor de cabeza, en fin, para bastantes cosas. La gente la buscaba y no sé si era la fe o de veras la señora sabía sus creencias, pero la gente se curaba. Como la señora vivía lejos y no había transporte, había que caminar casi una hora para llegar.

Cuando a mi mamá le agarraron los

dolores, mi papá fue a buscar a la señora y en ese momento el parto se adelantó y quien estaba ahí era mi abuela por parte de mi mamá. Ella se llama Dominga, una señora muy buena.

“Nací en una familia pobre, pero muy unida”.

Me crié en el cantón. Éramos pobres pero felices, porque nunca nos hizo falta la comida. No teníamos lujos, ni siquiera teníamos las cosas necesarias, no teníamos ni agua ni luz. Había un pozo que dejó mi abuelo por parte de mi mamá, donde nosotros íbamos a sacar agua con un galón, había un torno que había que darle vuelta. Tenía un lazo, pero había que darle bastantes vueltas para sacar un galón de agua. Éramos bastantes porque vivíamos con mi abuela, porque no teníamos dónde vivir. Nos criamos con mi abuela,



Ilustrado por: Josh Reyes

jugando, trabajando, porque desde chiquitas a nosotros nos pusieron a trabajar. Siempre mis padres han cultivado la tierra, sembraban maíz, frijol, maicillo, hortalizas, pepino, pipianes, rábanos y tomate.

Era muy bonito porque comíamos, no teníamos lujos, pero lo poquito que comíamos al menos en el invierno era bien orgánico. Antes ni la tierra estaba contaminada, ni había tanto pesticida como ahora y se comía bien con lo poquito que teníamos y lo poquito que se cultivaba. Nosotros no teníamos ni luz ni agua, ni tampoco dinero para comprar una refri. Entonces, uno siempre iba comiendo las cosas al día. Comíamos bien orgánico porque comíamos pollos que mi abuela criaba y los huevos que las gallinas ponían.

Todo era bien orgánico, gracias a Dios, y no éramos tan enfermos en ese aspecto. Quizás por criarnos en el campo, rodeados de tantos animales, polvo, que las defensas se le hacen más fuerte a uno.

Yo trabajaba y estudiaba, había una escuela en el cantón que estaba como a quizás 20 minutos de donde yo vivía. Al principio y al primer día siempre lo iban a dejar a uno para conocer y que uno se adaptara. Después nos íbamos,

buscábamos a los compañeritos vecinos nos juntábamos y nos íbamos todos porque pasábamos barrancas, lugares muy funestos en el aspecto de que la gente en el campo tiene sus tierras. Entonces hay mucho espacio entre una casa y la otra y la gente cultivaba diferentes cosas. Hay gente que sembraba maíz. Otra gente que sembraba café, otra gente que sembraba arroz, y gente que sembraba caña.

Entonces era diversidad lo que la gente sembraba y las calles eran muy funestas, o sea, muy solas. Era poca gente que se encontraba en el camino. Entonces uno buscaba compañeritos para irse a la escuela y uno iba feliz, se peleaba, pero un rato al siguiente día uno ya estaba contento.

Me acuerdo de mi primera vez que fui a la escuela, mi mamá me había comprado una mochilita roja y verde cuadradita, y unos zapatitos, porque gracias a Dios lo necesario tuvimos. Ya en el invierno como las calles estaban descuidadas eran puro polvo y puro barro, no se podía usar ni zapatos, ni las yinitas Balco que entonces usábamos, tocaba ir descalza a la escuela. Era más fácil caminar por esos caminos, porque no eran ni calles donde uno se deslizaba, tenía que pasar por la orillita agarrándose de ramas y todo para no resbalarse y caerse.

Entonces nos salía mejor ir descalzos, bien tranquilos. Como todos los niños iban así, nadie se andaba fijando quién iba mejor vestido que el otro. En la escuela había dos turnos, mañana y tarde. De primero a cuarto, yo iba en la mañana, de quinto a sexto en la tarde. Yo estudiaba en la mañana y luego trabajaba. Salía a las 12 de la escuela, llegaba, comía, y de la 1:30 a las 4 ó 5 de la tarde se ayudaba a trabajar en la tierra cuando era el tiempo de invierno.



Ilustrado por: Josh Reyes

Después, cuando se hacía tarde, como no había luz, uno se alumbraba con candiles de gas, y entonces había que hacer las tareas temprano, a las 8 de la noche ya estábamos acostados. Mi mamá, a las 4 de la mañana, ya lo tenía uno de pie porque tenía que ir a sacar agua porque éramos bastantes. Toda la gente iba a agarrar agua de ese pozo, entonces había que hacer fila. Quien llegaba primero era la que le iba tocando.

Ya cuando tenía como 10 añitos, 12

añitos, me fui a estudiar a Atiquizaya, a una escuela que se llama Francisco Menéndez era una zona urbana, era el pueblo donde todos iban a comprar. Cuando íbamos a comprar del Cantón Las Pozas para Atiquizaya era como una hora y media y uno lo hacía caminando porque no había transporte, pero uno feliz caminando y de regreso con todas las compras.

Cuando me vine a estudiar a la escuela en Atiquizaya, como yo era

del campo, todos los niños me querían hacer de menos, pero si algo yo he tenido en mi vida es que nunca me he quedado ni callada a nadie, ni tampoco me he sentido menos que nadie, porque ante los ojos de Dios todos somos iguales.

Los niños ahí no querían hacer grupos, no querían ni acercárseme. Yo siempre he sido bien amistosa y nunca me ha costado hacer amistades. Los tiempos más bonitos fueron en bachillerato, porque nosotros hacíamos veladas artísticas para recaudar fondos para el fin de año, y nosotros teníamos fondos y nos íbamos a la playa a cocinar con los maestros guías y hacer nuestras fiestas de despedida.

“Nunca me he sentido menos que nadie, porque ante los ojos de Dios todos somos iguales”.

Rentábamos buses y de todo lo que habíamos recaudado con las actividades que hacíamos, nos hacíamos las despedidas.

En esa época del bachillerato, yo no trabajaba, solo estudiaba. Entonces hacíamos diferentes actividades. Yo participé en diferentes deportes. De ahí entré a la universidad, estudié la licenciatura en contaduría pública en Santa Ana, El Salvador. Gracias a Dios yo agarré licenciatura en contaduría pública porque siempre me ha gustado. Yo trabajaba para poder pagarme la universidad porque mis padres no podían.

Yo tuve que trabajar de diferentes formas porque entre a los 18 años y las compañías todavía a uno no le daban trabajo. Yo me iba a trabajar con mi tío a llenar bolsas porque a mi tío siempre le gustaba hacer sembradillos de café.

Después me salió otra oportunidad

de trabajo en San Salvador, en un despacho contable. Me fui para San Salvador, pero allá me tocaba pesado porque había que viajar desde Atiquizaya hasta San Salvador. Es como una hora cuarenta y cinco minutos, había que irse temprano para poder estar temprano en el trabajo, porque uno a las siete y media ya tenía que estar en el trabajo. Había que llegar a la terminal, de la terminal se agarraba urbano para llegar a las oficinas.

En esa época yo conocí al papá de mi hija. Fue bien divertido como lo conocí porque su hermano era mi maestro de costos. El hermano de él es licenciado. Yo tenía varias amigas, pero había una con la que me identificaba bastante y... él era novio de esa amiga. Salíamos a veces a los discos con él y su novia, con mi amiga. Una vez dijo que venía su hermano de los Estados Unidos y dijo que sí podíamos salir para divertirnos y le dijimos que sí. En plan de conocer a la gente y convivir sanamente. Pues él llevó a su hermano y al principio todo fue bien divertido.

Era bien divertido salir con él porque cada día tenía una historia diferente. Uno terminaba las conversaciones con él, con el dolor de las mejillas de tanto reírse, porque era bien gracioso para contar sus historias. Estuvo dos semanas y siempre las veces que salíamos tenía una historia diferente. Era pura risa, era pura diversión. La amistad fue bien bonita, cuando a él le toco regresarse, dijo el hermano de él que era mi profesor, que si podíamos ir a dejarlo al aeropuerto Como nos coincidía con las clases, él se venía temprano, y lo fuimos a dejar. Lo extraño fue que cuando él vino al aeropuerto, todo tranquilo, todo normal. Cuando se fue, se despidió y

nosotros podíamos ver los aviones.

Cuando se despidió y se fue para el avión, yo sentí ahí una cosa bien extraña que nunca había sentido, así como que alguien que me hacía falta. Pero de todas maneras, nosotros siempre le dijimos que Dios lo bendiciera en su viaje, y él se fue. Nosotros nos regresamos para Santa Ana con el hermano de él y su novia, mi amiga. Y lo extraño es que en el camino yo lo venía extrañando y a mí nunca me había pasado eso.

Teníamos comunicación con él por medio de cartas porque yo no tenía teléfono, antes no había teléfono, sí había, pero pues yo no tenía ni los recursos para comprarme un celular. Entonces nos escribíamos por cartas y así nos conocimos, después de dos años de conocernos, nos casamos.

Después nació Helen, fue una niña

muy esperada. Cuando ella nació en El Salvador, su papá me dijo que lo mejor es que ella se fuera para los Estados Unidos para que pudiera estudiar, que haya las cosas eran mejores, lo cual es cierto. Entonces, él nos metió papeles y en cinco años nos salió la residencia. Gracias a Dios, mi hija y yo nos venimos con residencia. Yo extrañé al principio la comida, extrañaba a mi mamá, a mi papá, pero cuando ya pudimos, viajamos y gracias a Dios hemos podido viajar allá con mi mamá. Compartir por temporada nomás unas tres semanas porque hay que regresar. Hay que regresar porque uno aquí tiene ya su vida hecha, uno se acostumbra aquí. Sí se extraña el lugar de donde uno viene, y todo, pero cuando ya uno se acopla acá, ya es bien difícil soltar.

Ilustrado por: Josh Reyes



Capitula
5

Aprender un nuevo idioma

Por Kimberly Chacón

La historia cuenta la experiencia de María Isabel Chacón, una joven ecuatoriana que llegó a Estados Unidos y enfrentó el miedo, la confusión y las burlas al adaptarse a una nueva escuela, un nuevo idioma y una cultura diferente.

Desde el comienzo no me sentía cómoda yendo a la escuela, porque antes de venir a Estados Unidos yo solo había asistido a la secundaria y toda mi vida había estudiado únicamente en una escuela de niñas. Cuando llegué a Estados Unidos, ese fue el primer gran cambio, ya que me dijeron que iba a asistir a una escuela mixta, con mujeres y hombres. Antes de empezar la escuela sentía un poco de miedo, pero mi hermano me dijo que todo iba a estar bien y que solo me enfocara en estudiar, y así fue. Cuando llegó el primer día, estaba emocionada. En mi mente pensaba que el poco inglés que sabía me iba a ayudar, pero no fue así.

Yo creía que sabía inglés, pero en realidad solo conocía palabras muy básicas que me habían enseñado en mi país. Cuando vine aquí, todo fue muy diferente. Recuerdo que desde el

primer día me sentí perdida, no solo porque todos hablaban inglés, sino también perdida en español, porque ni siquiera conocía la palabra “popote”.

Yo soy de Quito, la capital en Ecuador. Entonces, las personas que estaban en la clase de inglés eran personas de diferentes países y ellas me dijeron que yo necesitaba ayuda. Un día, cuando estaba en la fila de la



Ilustrado por: Joie Solano



Ilustrado por: Joie Solano

cafetería, algunas señoras hablaban español y yo les dije: “Deme un sorbete, me falta un sorbete.” La señora me respondió: “Niña, no te entiendo.” Luego alguien me preguntó qué necesitaba y le dije: “Necesito algo para tomar la leche.” Entonces me dijeron: “Oh, necesitas un popote.” Después, muchas chicas se burlaron y dijeron que tenía que empezar a aprender las palabras que usaban, ya que la mayoría eran mexicanas. Por

eso, el primer día no fue de mi agrado.

Al principio la única clase que no necesitaba el idioma porque yo sabía era matemáticas. Yo estaba muy avanzada en matemáticas para los estudiantes que estaban aquí; ellos estaban más atrasados que yo. Para matemáticas no necesitaba hablar inglés porque yo todo sabía. Cuando empecé me pusieron en clases de ESL porque obviamente no sabía nada de inglés. Después con el pasar de los



Ilustrado por: Joie Solano

días comencé a aprender las palabras en inglés poder defenderme, para pedir la hora del lonche o para que otras personas me pudieran entender el propio inglés. En las clases de ESL teníamos una maestra que hablaba todo en inglés y teníamos una maestra que ella nos ayudaba a todos los alumnos, en general, era un ayudante para todos los estudiantes y ella nos explicaba en esa clase como a 20 estudiantes. Unos sabían tal vez un poquito más que otros porque algunos ya venían desde la escuela secundaria y otros apenas tenían poco tiempo de haber venido de sus países o había otras personas que también tal vez no aprendieron nada en la secundaria y cuando ya se transfirieron a high school, pues estaban ahí.

“Deme un sorbete, me falta un sorbete”.

Me quité las barreras al ver televisión en inglés y aunque al

principio yo no entendía nada yo veía programas, tengo dos programas favoritos que me ayudaron: 90210 y Prince of Bel-Air, y al principio no entendía nada y el día que yo veía que ellos se reían, yo nomás miraba todo. En ese tiempo, las televisiones no tenían subtítulos y todo eso. Recuerdo que en un día, en un año que estuve aquí, recuerdo que pude entender y me reí de lo que ellos dijeron y a la vez cuando ellos se rieron yo también me reí, y ahí es cuando yo solita grité de alegría y dije wow, ya entiendo más inglés y es como seguí aprendiendo, yo sé que no es fácil, las luchas de la vida, las situaciones de la vida. A veces muchos estudiantes que venimos a este país a aprender inglés dejamos muchas cosas en nuestros países por el sueño americano y el sueño americano no es solo aprender inglés, sino seguir con tus metas hasta cuando tú las puedas lograr.

“Yo solita grité de alegría y dije wow ya entiendo más inglés”.

Capitula 6

Las Madrinas de los Desaparecidos

Por Briana Méndez-Padilla/Impulso

El grupo inter-congregacional Las Madrinas de los Desaparecidos se reúne cada martes frente al Centro de Detención Metropolitano de Los Ángeles para rezar, cantar y marchar en solidaridad con las personas detenidas por ICE.

En la entrada del estacionamiento del Centro de Detención Metropolitano de Los Ángeles, donde las personas acceden para ver a sus familiares detenidos, hay un grafiti en el pavimento que dice “ICE no es bienvenido” en grandes letras azules.

Aquí es donde Las Madrinas de los Desaparecidos, con cintas rosas alrededor del cuello, se detienen para dar una letanía de antecesores de la lucha por la justicia social, después de marchar desde la entrada de la oficina de inmigración.

Desde marzo del año pasado, el grupo inter-congregacional de líderes religiosos y miembros de la comunidad se reúne todos los martes al mediodía para rezar, cantar y marchar por los detenidos por los

agentes federales de inmigración.

Su movimiento se inspira por las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina en los 1970, un movimiento de resistencia pacífica contra la dictadura militar y los desaparecidos en Argentina organizado por madres que llevaban flores a los oficiales y abogaban por el regreso de sus hijas, hijos y nietos.





Ilustrado por: Josh Reyes

La letanía invoca a antiguos líderes de la justicia social como Frederick Douglas, Harvey Milk y Malcolm X, entre otros.

“Creemos que no marchamos solos, que hay una larga y enorme historia de antepasados de la justicia social de los que ni siquiera hemos oído hablar ni hemos aprendido, pero que están con nosotros”, dice Rosa Manríquez, miembro de la comunidad del Inmaculado Corazón y feligresa de la Misión Dolores. “Así que recitamos eso y les pedimos que recen con nosotros.

No por nosotros, sino con nosotros”.

Por varios años, Manríquez también ha sido parte de la organización Clérigos y Laicos por la Justicia Económica (CLUE por sus siglas en inglés). A medida que ICE se militarizaba, ella reflexionó sobre cómo la comunidad se había organizado para luchar contra regímenes en el pasado, y llevó esta idea de las madrinas de los desaparecidos a CLUE.

CLUE es una coalición de diversas congregaciones con una agenda

progresista en torno a los derechos de los trabajadores y las cuestiones de justicia económica. La organización también está trabajando a lo largo de California del sur para proteger a trabajadores migrantes y sus familias mediante redes de respuesta rápida, capacitación sobre derechos y un fondo de fianzas para inmigrantes detenidos.

Según Manríquez, las madrinas de los desaparecidos tienen tres principios fundamentales:

1. Exigir la liberación de las personas desaparecidas por el gobierno y su regreso con sus familias.
2. Dar testimonio y rechazar la narrativa divisiva de “nosotros contra ellos”, aportando una voz humanizadora para recordar a todos que los inmigrantes, los ciudadanos e incluso los soldados son hijos de alguien y que sus vidas están profundamente interconectadas.
3. Urgir a los agentes del ICE y a otros funcionarios a que dejen de participar en la persecución de la comunidad y, en su lugar, soliciten su traslado, se declaren objetores de conciencia y se nieguen a cumplir órdenes ilegales.

“Muchos de ellos querían ser guerreros, protectores y campeones, y querían ser los que hicieran cosas realmente extraordinarias por este país, y nosotros estamos ahí, como sus mamás y abuelas, para decirles: ‘Este no es el camino, les han mentado. No pueden seguir haciendo esto’”, dice Manríquez.

Elevando voces

Después de la letanía, se comparte un testimonio.

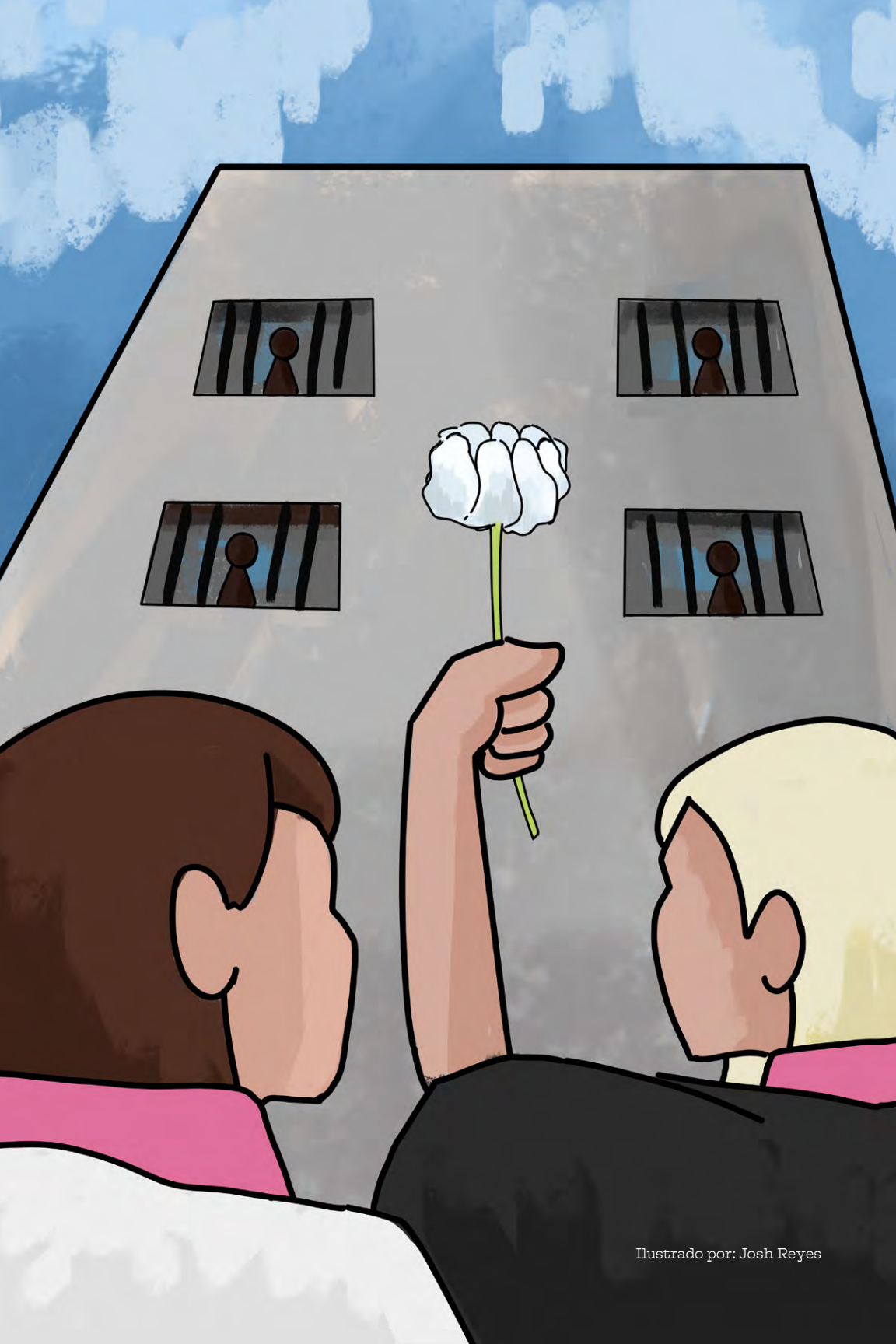
CLUE se encarga de colaborar con las distintas denominaciones religiosas que pueden dar voz a diferentes personas, con el fin de garantizar que cada vigilia cuente con un testigo diferente. Estos testigos comparten las experiencias de personas que se encuentran actualmente en centros de detención o que se han visto afectadas por redadas y han logrado salir, utilizando solo su primer nombre por razones de seguridad.

“Creemos que muchas de estas historias no están recibiendo la atención que merecen, por lo que estas vigiliasson importantes para dar a conocer las experiencias que encontramos y recordar por qué seguimos manifestándonos hasta que se cumplan nuestras demandas”, señala Jennifer Coria, quien trabaja para CLUE.

En un evento, la reverenda Tanya López compartió la historia de Josué, un joven esposo y padre de tres hijos que fue detenido en junio mientras asistía a su cita rutinaria en la oficina de inmigración. Pasó un tiempo en el Centro de Detención Metropolitano antes de ser enviado a Adelanto y, finalmente, a California City.

López habló de las condiciones





inhumanas a las que se enfrentó Josué, desde temperaturas bajas y escasa comida hasta abusos por parte de los guardias.

“Me dijo que todo ahí dentro está diseñado para quebrantar tu espíritu: ‘aquí quieren que te rindas’, pero que el poder de la unión de las personas, como estas vigiliadas de las que se enteran, sigue siendo la luz para muchos que les ayuda a no rendirse”, dijo López, y añadió que Josué ya se ha reencontrado con su familia gracias a una audiencia de fianza.

Valarie Kaur, la fundadora del Proyecto de Amor Revolucionario, compartió en el evento un testimonio en honor a Renee Good, la madre y poeta a la que disparó fatalmente un agente de ICE en Minnesota.

“El asesinato de Renee Good es una continuación de la violencia a la que se han enfrentado durante mucho tiempo las personas afrodescendientes, indígenas y de color”, afirmó Kaur. “Dicen que fue



culpa suya, creen que nos lo vamos a creer. Creen que no nos va a importar, igual que a ellos no les importa. Pero a nosotros sí nos importa”.

El tamaño del grupo varía de una semana a otra, pero las personas que se reúnen son diversas en cuanto a su fe, género y edad.

Las Madrinas de los Desaparecidos se han convertido en una presencia constante. Mientras marchan, cada persona lleva una margarita blanca o morada en una mano y una hoja de oración en la otra.

Al cruzar la esquina y formarse en

el pequeño tramo de acera en el que se les permite permanecer, a veces se pueden oír los gritos y silbidos de los que están dentro, mientras el grupo sigue rezando y sostiene sus flores en el aire, apuntando hacia ellos.

Las flores y la vigilia semanal tienen un doble propósito, explica López. Por un lado, sirven para mostrar a los detenidos que la gente no los ha abandonado. Para los agentes y los que trabajan en el centro, las flores tienen como objetivo sembrar la semilla de la compasión.

“Los que trabajan allí también son testigos de que no nos rendimos, de que vamos a venir todas las semanas”, dice López. “Somos una presencia no violenta y amorosa, y esperamos reflejar el amor de Dios, incluso para ellos”.

Muchos de los asistentes se aferran al impacto histórico de la protesta no violenta.

“Sabemos que no podemos pelear contra el odio con más odio, eso nos convierte en el mismo opresor contra el que luchamos,” asegura Anusha Mehar, una líder del movimiento con Proyecto de Amor Revolucionario.

“Tenemos que luchar contra esta opresión y este odio con el amor, porque eso es lo que nos salva”.

- Anusha Mehar

Tras una oración final el grupo se dispersa, dejando como último testimonio de paz, un pequeño montón de margaritas sobre el pavimento.



Capitula 7

Finding Chicarisma

Por Robert Andaluz

Lucinda Solórzano, a first-generation college student and daughter of Mexican immigrants, found her Chicana identity through education and activism.

My name is Lucinda Solórzano, and I was born and raised in the city of Santa Ana in Orange County, California. My parents immigrated to the United States, so that makes me a daughter of immigrant parents, and I'm also a first-generation college student. My parents were born and raised in Mexico. My father is from Guadalajara, and my mother is from El Rincon, Jalisco. I attended California State University, Northridge after I transferred from Santa Ana College. I transferred in 1996 as a junior, then left after my first semester and returned in the fall of '97. I walked, but technically, I had not completed my coursework in Chicano Studies, so I officially graduated from CSUN in 2005 with a bachelor's degree in Chicano Studies.

I was not familiar with chicanismo growing up; I was very much an assimilated student, and I just

wanted to get along. I admired the 1980s preppy movies that would come out, and so I kind of wanted to emulate that in my life; there really wasn't a lot of chicanismo growing up.



Ilustrado por: Angelina Rassam



Ilustrado por: Angelina Rassam

It wasn't until 1990 that I started at Santa Ana College and started participating in things such as Mecha and taking Chicano Studies courses, as well as participating in some of the protests that were happening during that time. That was a very volatile time; we were attacked. The immigrant community was being attacked by Governor Pete Wilson during that time, so there was a lot of opportunity to build my chicanismo through what was happening. I went to protests at the border, similar to what we saw, where a lot of people were protesting in downtown Los Angeles, by Overa Street. There was a massive protest there in the 1990s, but it was in culmination with the Chicano Moratorium anniversary. This was celebrated on the 20th anniversary of the Chicano Moratorium in August. This was the beginning of my freshman year at Santa Ana College. It was my older sister who recruited me to attend the protest, and we were protesting 187 and 209, these were assembly bills that wanted to cut funding for social programs for the undocumented community, as well as the English-only type of legislation that was recently signed by President Trump. Our community has always been attacked, and we're always going to stand up and resist.

“Our community has always been attacked, and we're always going to stand up and resist.”

I didn't know the history that CSUN had in the 1960s as being one of the main schools that promoted change and was seeking ethnic studies and Chicano Studies. You had students protesting, wanting representation, teachers, and

administrators. I think learning history by attending every semester and every event just strengthened my understanding, my knowledge of that time, and the value of the historical context in the place where I was attending. At the time I attended, we still had a lot of pioneers who participated in some of those protests. Listening to their stories and their struggles, they were students of the godfather of Chicano Studies, Dr. Rudy Acuña. It was very significant, hearing his stories, and he was always a big supporter of students and advocating for us to be involved in the community. We had a lot of push within our staff that nurtured our activism. It was through the professors and staff that really enriched our experience there in the Chicano Studies Department.

I volunteer within my community, and I do what I can because my family comes first. I'm raising my children with the mindset that they have the power to make change. I always wanted to convey that to my kids, and they have a responsibility to participate in making change, because they come from a place of privilege, being born in the U.S., and because they're in a different economic status. Since earning my college education, I've been able to obtain a good-paying job, and my children have a home, security, and insurance. Although some people may see these things as basic, they represent so much to us, and we continue to stay connected to our immigrant community. That's our basis. We have a place of privilege, and so it is our responsibility. I hope I've conveyed to my children that they must help. They have a responsibility to help when they can. I do that in my job, I'm a social worker in the county of Orange, and for the

past 18 years, I've tried to empower youth in care to be resilient and to see beyond their current situation, and empower parents to fight and advocate for their rights. Social services and the child welfare system have a lot of barriers against parents, against undocumented parents, Spanish-speaking-only parents, and helping them become aware of those things, empowering them, advocating for them to be given the opportunity for services, understanding the culture right, and helping them just become more empowered as parents. I love what I do, the work that I do is with love, and I hope that families reunify, hoping that kids do better than what they were given when they're involved in the system.

“I always wanted to convey that to my kids, and they have a responsibility to participate in making change, because they come from a place of privilege.”

One of the things that I'm very proud of in my job is that I had the privilege of working in a program called Independent Living Program, and I helped focus on employment and College attainment for kids in care in those 10 years. We created a Spotlight Award. It's currently called the resiliency award, and we were able to build a scholarship program that went from \$100 the first time around to partnering with the Eddie Nash Foundation, a nonprofit organization here in Orange County, to provide over 10 \$20,000 in scholarships.

This year, we're going to be celebrating the 10th year of the resiliency awards. I'm proud to say that it was through a vision that I had about spotlighting kids in care because they get such a bad rap. People

think they're delinquent and that they're not able to be successful. There are outcomes for kids, and I had an awesome supporting program manager supervisor who said, “Yeah, Lucy, let's, let's do it.” I like to create, and we created this. It was a small award at first, and then I had a wonderful supervisor who helped me build it. That's how my chicanismo, my commitment to my community, comes across, and that's just through work; I have a lot of community stuff, and the one thing that I'm most proud of is the restoration of the mural that we recently completed. It was a 33-year-old community mural that was falling apart and was not being cared for. It wasn't complete, some things were covered over the years, and not knowing how to get help, so my brother got help from other community members. We were able to raise and get grants and be able to restore the mural. So that's one of my biggest accomplishments as well.



**“Our community
has always been
attacked, and we’re
always going to
stand up and resist.”**

Capitula &

Amar que aprendió a decirse

Por Ariadna Sánchez

Ariadna relata cómo la muerte de su padre fortaleció la relación con su madre, permitiéndoles expresar con mayor libertad el amor que antes guardaban en silencio.

A lo largo de mis cuarenta y cuatro años he tenido el privilegio de conocer a mi mamá en múltiples facetas. La he visto fuerte y vulnerable, alegre y preocupada, firme y amorosa; como popularmente se dice, tanto en las buenas como en las malas. Sin embargo, la anécdota más significativa entre ambas ocurrió hace un año, cuando falleció mi papá. Ese momento no solo marcó el inicio de una nueva etapa en su vida como mujer y como madre, sino que también transformó profundamente nuestra relación.

Al momento de la muerte de mi papá, yo me encontraba en Los Ángeles, California. Recibir la noticia desde la distancia fue devastador. Sentí cómo el mundo se detenía mientras, al mismo tiempo, todo parecía avanzar demasiado rápido. Sin pensarlo dos veces, tomé el primer vuelo rumbo a Oaxaca, con el corazón hecho pedazos y la necesidad

urgente de volver a los brazos de mi madre y de mis hermanos. El vuelo duró alrededor de cuatro horas, pero en mi mente y en mi cuerpo se sintió como un trayecto interminable, cargado de miedo, tristeza y una profunda incertidumbre.

El momento más intenso llegó al reencontrarme con mi mamá. Al verla, dejé de ser la mujer adulta que soy hoy y volví a ser la niña que alguna vez fui. Me entregué a sus brazos y lloré bajo su regazo, encontrando en su calor una seguridad que creí perdida. Ese abrazo fue un refugio para ambas. Lo describo así porque, aunque compartíamos el mismo dolor, también compartíamos el mismo amor por un solo hombre: su esposo y mi papá. En ese instante, nuestras almas parecían reconocerse en la pena y en la necesidad mutua de consuelo.

Lo más significativo de esta anécdota no es únicamente el dolor que vivimos, sino lo que nació a partir



de él. La vida, a través de esa experiencia tan dura, nos dio la oportunidad de estrechar nuestros lazos de una manera distinta y más profunda. Tras la muerte de mi papá, mi mamá inició una nueva etapa como mujer viuda y yo, como hija mayor, aprendí a acompañarla desde otro lugar. Desde entonces, nos hemos complementado a pesar de los kilómetros de distancia, apoyándonos mutuamente más allá de lo económico, caminando juntas mientras honramos el recuerdo de un hombre llamado Juan Manuel.

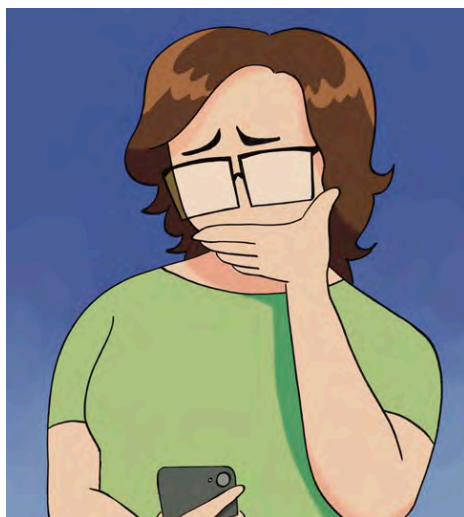
Desde ese momento, no hay una llamada telefónica en la que no le recuerde a mi mamá cuánto la amo y lo importante que es para mí. Hoy sé, con absoluta claridad, que ella es la base de nuestra familia. Aprendí que expresar lo que una siente no debe postergarse y por eso ahora lo hago con frecuencia. Con el tiempo, he notado que mi mamá también ha cambiado. Nos decimos “te quiero” más seguido; me persigna antes de colgar en las videollamadas y, a través de emojis en WhatsApp, me expresa un cariño que antes no era tan frecuente entre nosotras.

En más de una ocasión, ella misma me ha confesado que cada vez que escucha mis palabras de amor, llora. Ambas reconocemos que su forma de crianza fue distinta. Ella creció en un entorno donde los sentimientos y las emociones no se expresaban abiertamente, donde el amor se demostraba más con acciones que con palabras. Esa misma manera de vivir el afecto marcó también la relación con mi papá. Aunque él nos amaba profundamente, no siempre lo expresaba de forma verbal. Hubo contadas ocasiones en las que me dijo cuánto me quería o me abrazó con fuerza, pero hoy entiendo que ese

amor siempre estuvo ahí, tanto en él como en mi mamá, hacia mí y hacia mis hermanos.

La muerte de mi padre nos obligó a replantear la manera en que nos relacionamos como familia. Nos enseñó que el silencio no siempre protege y que las palabras, dichas a tiempo, pueden sanar. Para mi mamá, este proceso ha sido un aprendizaje constante: aprender a vivir sin su compañero de vida, pero también permitirse sentir, expresar y recibir amor de una manera distinta.

Para finalizar, si algo he aprendido a raíz del deceso de mi padre es que un abrazo o una palabra dicha a tiempo valen más que cualquier regalo material. He comprendido que nunca es tarde para demostrar el amor que habita en nuestro ser, especialmente hacia las personas más cercanas. Esta anécdota no solo forma parte de la historia de mi mamá, sino también de mi propia transformación. Hoy camino junto a ella con mayor consciencia, gratitud y amor, celebrando la vida al máximo, incluso desde la ausencia.



Ilustrado por: Angelina Rassam

Capitula 9

Cruzando fronteras con esperanza

Por Jennifer Valdez

Elsa Carrillo relata su experiencia al emigrar de México a Estados Unidos en busca de un mejor futuro para su familia, enfrentando retos culturales y de idioma con esfuerzo, esperanza y orgullo por sus raíces.

Mi nombre es Elsa Carrillo. Yo nací en la ciudad de Nogales, Sonora, México. Tengo 26 años aproximadamente desde que emigré a este país. Para mí fue muy fácil decidir venir a los Estados Unidos porque Nogales es la ciudad fronteriza, entonces yo estaba muy familiarizada con el sistema y la cultura. Ya había visitado varias veces y me encantaba. Lo que me encantaba era poder ver la diferencia entre una ciudad y la otra. Me llamaba la atención el sistema de transporte porque es súper organizado; llegabas a tiempo siempre. También me gustaba mucho la accesibilidad que

tenías a diferentes tipos de comida, diferentes tipos de productos, restaurantes y parques.

Cuando decidimos emigrar, mi esposo fue quien lo hizo primero. Después de tres meses, venimos yo y mi hija mayor; en ese tiempo tenía un añito solamente. Dejamos atrás a nuestra familia y a nuestros amigos y fue muy emocionante porque ya había visitado antes, pero vivir aquí era algo diferente. Era emocionante venir a los Estados porque venía con muchas ilusiones y expectativas. Lo que me sorprendió fue el clima al llegar a una nueva ciudad; yo no había



Ilustrado por: Joie Solano

visitado Los Ángeles antes. Entonces, la diversidad de razas, la diversidad gastronómica, el clima estupendo: eso fue lo que me sorprendió. Caborca, en México, es una ciudad desértica; entonces, el clima es extremadamente caliente.

Mis esperanzas cuando emigré eran darle un mejor futuro a mi familia que apenas estaba formando y tener una mejor estabilidad económica. Entonces, como yo estaba joven, todavía quería continuar preparándome académicamente. Yo sabía que uno de los pasos para poder lograr lo que me había propuesto era aprender inglés porque yo sabía que era muy importante para poder ayudar a mis hijos en sus estudios. También era importante porque necesitas tener comunicación con los maestros en conferencias, también cuando mis hijos eran pequeños

y hay que llevarlos al doctor. Hay una barrera de lenguaje y eso era una de las cosas que también quería lograr.

“Mis esperanzas cuando emigré eran darle un mejor futuro a mi familia”.

Como yo tenía tantas ganas de superarme y de conseguir el anhelado sueño americano, no fue tan difícil dejar mi país. La única parte dura fue dejar a mis hermanos pequeños; los extrañaba muchísimo. Mayormente, es dejar a la familia y a los amigos; eso es lo más difícil. Yo llegué muy joven y aquí es donde he crecido en todos los ámbitos. A lo mejor si estuviera en mi país todavía no habría esforzado tanto para aprender un nuevo idioma. Yo siento que añoras tu país, entonces no quieres perder costumbres

porque las cosas se hacen diferentes. Ya que el tiempo ha pasado, ahora que tengo 26 años aquí, honestamente no siento que el cambio fuera mucho. Cuando estás joven y llegas con la mentalidad de superarte, entonces de antemano, ya sabes que como vienes de otro país, el esfuerzo será doble.

“Cuando estás joven y llegas con la mentalidad de superarte, el esfuerzo será doble”.

Me gustaría añadir que no juzguen a las personas que migramos. Lo hacemos siempre buscando un mejor futuro para nuestras familias y para nosotros mismos. Pienso que todos tenemos ese derecho y que ponemos todo nuestro empeño y también contribuimos económicamente a este país. Traemos

unos valores familiares muy fuertes y también nos dedicamos a trabajar para tratar de hacer de nuestros hijos mejores ciudadanos, unos ciudadanos ejemplares a los que transmitimos nuestros valores y principios. Entonces eso quiere decir mucho porque es lo que podemos aportar como familia.

“No juzguen a las personas que migramos”.

Ilustrado por: Joie Solano



Capitula 10

Raíces que no se olvidan

Por Andrea Peña

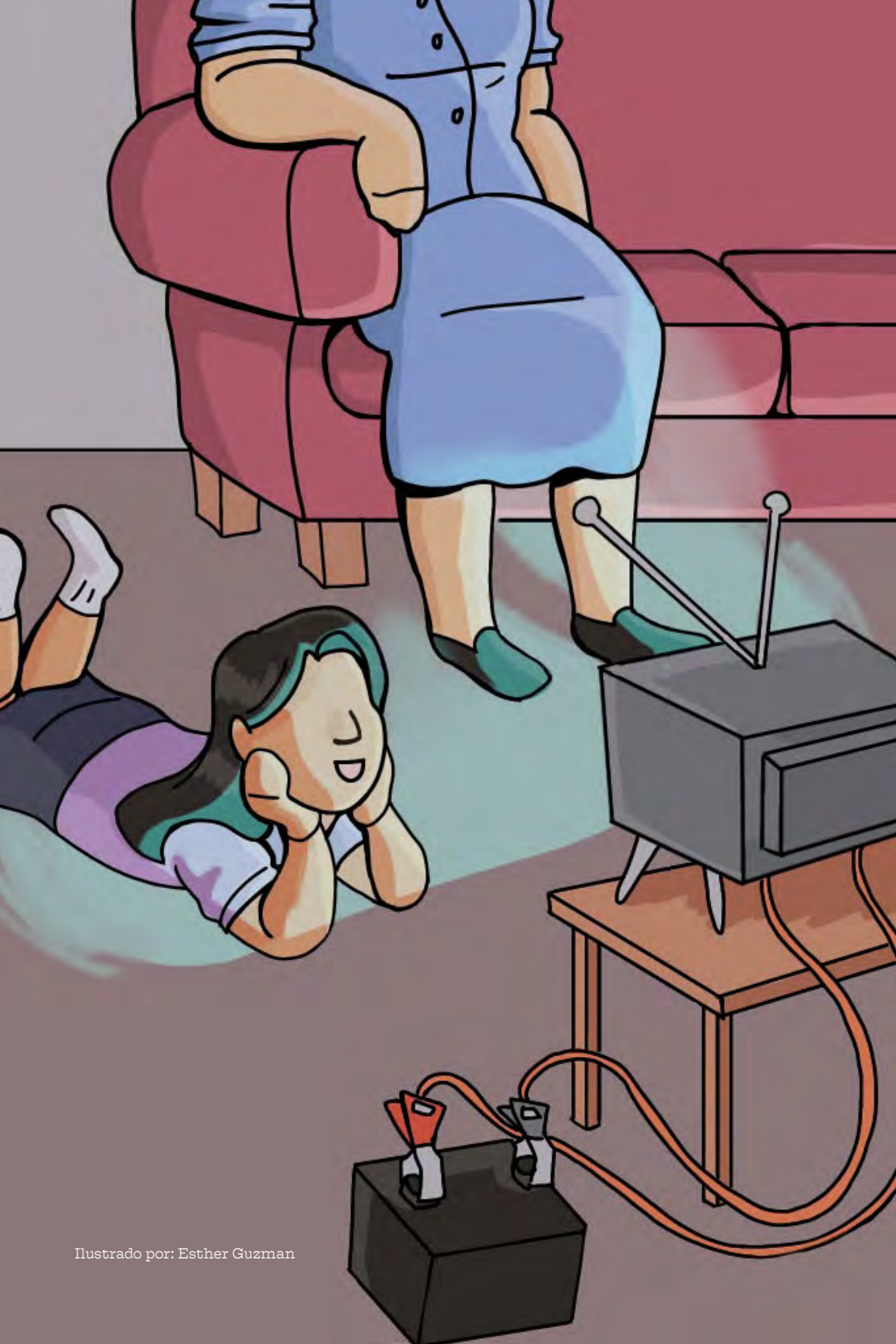
Marisol Reyes Cruz recuerda una infancia feliz en un pueblo rural de Honduras, donde la abundancia venía del trabajo, la familia y la comunidad, no del dinero. Aunque hoy vive en Estados Unidos, mantiene vivas sus raíces y cree que la verdadera riqueza es la felicidad y dar a los demás.

Mi nombre es Marisol Reyes Cruz, nací en el departamento de Santa Bárbara, Honduras. Me vienen recuerdos muy bonitos de que crecí en un pueblo donde nunca conocí el dinero, ni sabía el valor del dinero. Las cosas eran bien naturales porque mi papá cultivaba todo, no andábamos comprando nada. Todo lo que ocupábamos lo teníamos. Esa es la infancia, andar en los ríos, ir a la escuela descalza, no porque éramos pobres, sino porque así era la cultura del pueblo, y nos gustaba andar así, éramos muy felices.

“Crecí en un pueblo donde nunca conocí el dinero, ni sabía el valor del dinero”.

Me crié con mis abuelos y ellos fueron mis padres. Sin embargo, mi papá era el padrastro de mi mamá, pero para mí no eran mis abuelos, sino mis propios padres, desde que me llevaron chiquita con ellos. Él me enseñaba muchas cosas de los cultivos y a cortar café, a cortar maíz, de todo, trabajos de hombre. Yo añoraba andar detrás de él con los caballos, las vacas, y hacer todo lo que él hacía.

Tal vez esa cultura la traigo de él, ya que nunca se quedó con nada, todo lo dio. Era una persona que daba todo lo que tenía. Yo recuerdo que decía: “en un tiempo, se va a comprar el agua, se va a comprar la comida, se va a comprar las tortillas”, y yo decía en mi mente, ‘pero cómo va a ser eso.



Ilustrado por: Esther Guzman

Pero con el tiempo fuimos creciendo, luego ya cuando me fui a la ciudad de la edad de 14 años fui viendo que diferente era porque había que tener dinero para poder comprar algo, cuando en mi niñez nunca lo usé. Nunca supe que era el dinero para comprar porque no comprábamos nada. Él compraba algunas cosas y las llevaba. Iba a unos lugares que se llamaban el Banasupro como un Cosco aquí, compraba en mayoría y lo surtía, pero nunca nos mandó a comprar.

Antes yo no me costumbre en andar en zapatos, porque éramos de una aldea y pasábamos muchos ríos. Mi mamá nos ponía unas tortillas gorditas, frijolitos güeritos para poder comer después de hacer la escuela, porque teníamos dos turnos, entrábamos a las 8, salíamos a las 12, entrábamos a la 1 y salíamos a las 5. Éramos tan felices, salía a las 12 a buscar una montañita debajo de un palo, nos sentábamos y comíamos aquella comida helada, estaba rica. A veces nos acercábamos a una poza o un río y tomábamos agua y andábamos descalzos. Mi mamá vivía en la ciudad, me mandaba ropa muy bonita, zapatos, calcetines, y vestidos, pero siempre me crié con ropa sencilla. Cuando yo iba a la escuela, muchos niños andaban descalzos. Yo me ponía zapatos, luego las otras niñas al verlos se agachaban y me los tocaban, estaban sobando los zapatos y yo solo me quedaba viendo y mejor me los quitaba y andaba corriendo con los zapatos en la mano y andaba igual que ellas descalza. con los pies todos sucios y todo, pero así era muy feliz.

Yo le doy gracias a Dios de que vine de una familia que tuvimos en abundancia. Me siento tan satisfecha, muy alegre y agradecida con Dios. Nunca me he sentido menos y tengo

una cosa en mí que me gusta más dar que recibir, si alguien tiene la necesidad, yo le ayudo. Dios no abandona a sus hijos y los bendice en cada momento. Yo siento que todavía soy esa niña que andaba descalza y cada momento me acuerdo de la cultura de mi pueblo. Hoy dicen que esas aldeas y pueblos cambiaron y siento que hoy es muy diferente porque hay internet, energía, televisores y carros. Cuando antes ni teníamos luz. La primera televisión que yo vi fue porque a mi abuela le gustaban las novelas y no teníamos luz, pero a las 6:00 p.m. íbamos a una vecina que tenía un televisor de blanco y negro y le ponían una batería de un carro.

“Andar en los ríos, ir a la escuela descalza, no porque éramos pobres, sino porque así era la cultura del pueblo, y nos gustaba andar así, éramos muy felices”.

Todos nos juntábamos a jugar, varones y niñas. Nunca hubo algo malicioso. Yo recuerdo las navidades todos compartíamos toda la comida, los tamales y de todo. Yo tuve negocios en mi país, tuve una pulpería, tuve vende comida y el que necesitaba y me iba a pedir yo le daba. La bondad todavía vive en mí. Lo único que yo pido y lo único que me gusta es que la gente sea agradecida pero no solo conmigo, sino con Dios también. En la vida uno tiene que ser agradecido, porque todo lo que tenemos es ganancia. Nosotros venimos a este mundo sin nada y todo lo que tenemos es ganancia material y cuando nos vayamos, nos vamos a ir sin nada.

Yo me quedo sin palabras para mis padres porque como me criaron yo soy, y creo que en eso no les he



Ilustrado por: Esther Guzman

fallado. Cuando yo estaba chiquita ellos me aconsejaban y esos consejos se me quedaron en mi cabeza, en mi mente, y en mi corazón. Nosotros estamos bendecidos, no somos ricos o millonarios, pero no ocupamos eso. La mansión más grande que tenemos es la felicidad. Gracias a Dios no se me ha olvidado nada de lo que viví, estoy aquí en Estados Unidos, pero no se me ha subido nada a la cabeza, sé de

dónde vengo y si me tocara ir yo volviera a ir si me tocara andar descalza otra vez yo lo haría.

“La mansión más grande que tenemos es la felicidad”.

“La mansión más grande que tenemos es la felicidad”.

Capitula

11

El año más largo de mi vida

Por Luis Mirón

El texto narra el dolor de un hijo al separarse de su madre cuando ella emigró para darles un mejor futuro y cómo esa ausencia marcó profundamente su vida

En una familia siempre hay un gran vínculo fuerte entre la madre y el hijo o el padre y la hija o viceversa. En mi familia, mi padre y yo éramos los únicos hombres en una familia dominada por mujeres. Yo, siendo el único hijo, siempre fui muy apegado a mi mamá desde que era niño. El amor a mi madre siempre ha sido profundo y es algo que cuando era niño no sabía cuánto significaba para mí hasta que ella se ausentó de mi vida. Mi madre siempre ha luchado por lo mejor para su familia y hace lo posible para darnos un futuro lleno de oportunidades con o sin la ayuda de mi padre.

Cuando el matrimonio falló, mi mamá decidió emigrar a un mejor país para darnos un mejor futuro a mis hermanas y mí. Antes de salir hacia su nuevo destino, mi mamá habló con mis hermanas y yo, pero mi hermana pequeña y yo éramos

muy chicos para poder entender lo que pasaba. Un día por la mañana en el año del 2002 mi mamá dejó México y se fue hacia el norte a un país llamado Estados Unidos. Cuando mi hermana menor y yo despertamos, nos dimos cuenta que mi mamá ya no estaba, en ese momento las lágrimas no paraban y yo por mi parte sentía un gran vacío dentro de mí. Mis dos hermanas mayores nos consolaron y nos explicaron que mi mamá no nos pudo decir adiós esa mañana porque al vernos llorar no iba a tener el valor de dejar a sus cuatro hijos. Dentro de mí, sabía lo que mi mamá estaba haciendo por mis hermanas y yo, pero al saber que no estaría con ella por un largo tiempo me hizo sentir solo y como si hubiera perdido un pedazo de mí.

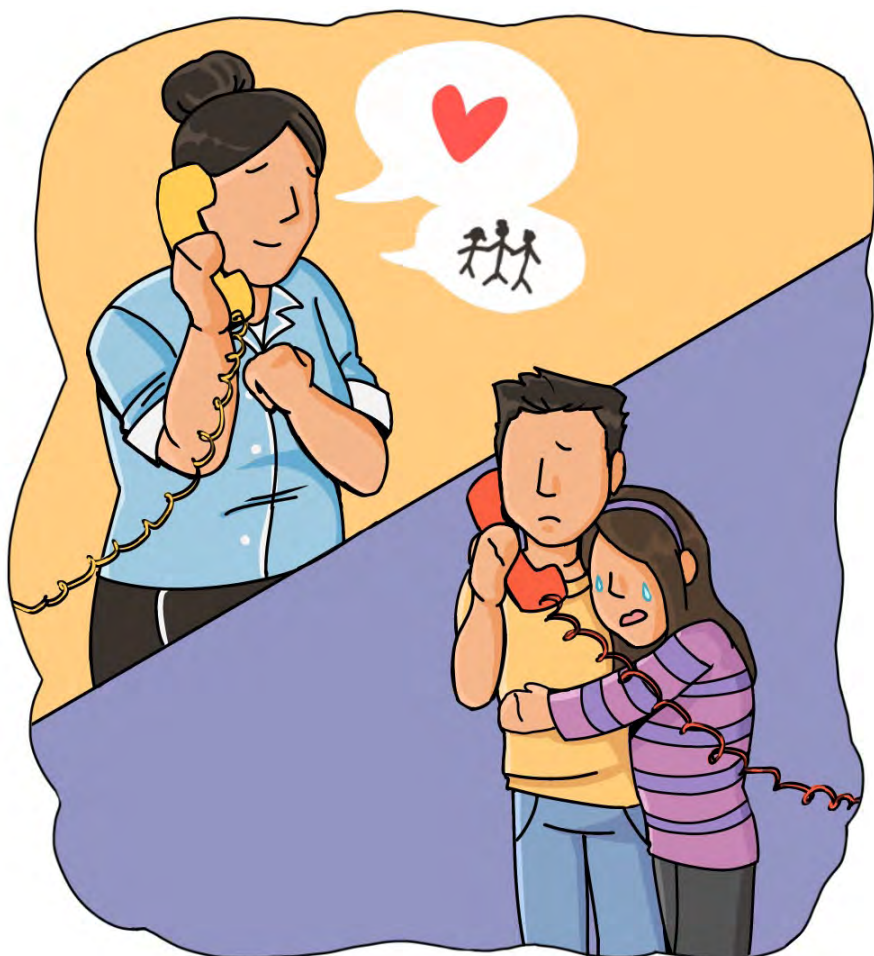
“Sentía un gran vacío dentro de mí”.

Los días se sentían más largos de lo normal y las noches llenas de lágrimas eran eternas al estar tan lejos de mi querida mami. Uno pensaría que con el tiempo las cosas cambiarían, pero no fue así para mí. Mi mamá nos llamaba por teléfono casi todos los días a mi hermana y a mí y la misma pregunta que siempre le hacía era que cuándo iba a regresar, ya que la extrañaba con toda mi alma.

“Las noches llenas de lágrimas eran eternas”.

Después de casi un año de noches llorando y extrañando a mi mamá, llegó el día de reunirme con mi hermosa madre en Estados Unidos. Si mi memoria no me falla, creo que ese día le di uno de los abrazos más grades que le pude haber dado a mi mamá. Ese año lejos de ella me enseñó a apreciar cada momento con ella y con el resto de mi familia.

Uno, como humano, sin darnos cuenta a veces no apreciamos el tiempo con nuestros familiares y no valoramos esos lindos y pequeños momentos con



Ilustrado por: Esther Guzman



Ilustrado por: Esther Guzman

ellos. Ese año que para mí hasta el día de hoy sigue siendo el más largo de mi vida, cambió la forma de cómo veo y convivo con mi familia. Disfruta y convive con tu familia, no dejes que otras cosas como la tecnología o los malos vicios te alejen de ellos.

“Ese año para mí hasta el día de hoy sigue siendo el más largo de mi vida”.

Un informe de UNICEF titulado “Los niños dejados atrás” indica que hay millones de niños que están en mí misma situación ese año, pero no hay estimados globales de los millones de niños dejados atrás por la necesidad de sus padres de migrar a otro país

en busca de trabajo mejor pagado. En algunos países exportadores de trabajadores, estas cifras son muy altas. En Filipinas, por ejemplo, 9 millones de niños (27 por ciento de todos los niños del país) tienen al menos un padre trabajando en otro país.

Gracias al esfuerzo que mi mamá hizo al venir a Estados Unidos, yo les puedo contar esta historia que impactó mi vida y me hizo crecer como persona. Yo corrí con mucha suerte y regresé a estar con mi mamá, pero no todos los niños tienen la misma suerte. Hablar sobre lo que pasa es la mejor manera para ayudar con la ausencia de una figura materna o paterna.

Capitula 12

La cosecha de Juana

Por Leylani Castillo/CSU Long Beach

Leylani Castillo cuenta la historia de su mamá, Juana, cuando tuvo que salir de El Salvador durante la guerra civil para salvar la vida y cómo, años después, aprendió a leer y escribir al mismo tiempo que su hija.

En 1979, Juana estaba recogiendo semillas de aceitunas en el campo donde había nacido, en Nueva Granada, El Salvador. Era un día bonito y despejado. Ella y sus hermanos oyeron un trueno y pensaron que era una tormenta. Cuando llegó a su casita hecha de bambú y lodo, con zacate en el techo para protegerla del agua, le informaron que un avión había dejado caer una bomba a una hora de donde ella vivía. Ese fue el momento en el que sintió un miedo que nunca había sentido.

En 1979, había muchas personas que desaparecieron. Las personas sospechaban que era El Escuadrón de la Muerte, que era parte del gobierno que secuestraba y mataba a las personas.

Después comenzó la guerra en El Salvador porque las personas estaban en contra del gobierno. Los dos grupos

que peleaban eran la guerrilla, que eran personas civiles, y los soldados, llamados la Guardia Nacional de El Salvador. Era una guerra contra sus propias personas.

Había mucha pobreza y el gobierno quería el control de las personas en tiempos de protestas; la guardia se enfrentaba con los civiles y usaba la violencia.

En 1980, Juana estaba desgranando maíz cuando escuchó las noticias en un radio chiquito y azul que tenía su familia. En ese momento salió en las noticias que asesinaron a monseñor Romero durante una misa en San Salvador. Él era un pastor que pedía por paz y ayudaba a las personas más pobres de El Salvador. Juana se acuerda de que él era una persona de esperanza.

Su niñez

Juana comenzó a trabajar desde los 6 años. Vendía melcocha, conserva de coco y también cocinaba tamales de elote para vender. Eso era la normalidad para los niños de El Salvador. “Yo tampoco tuve una educación, porque no había ese tiempo para ir a la escuela”, dice. Juana no sabía leer ni escribir cuando era niña, ni sabía cómo sostener un lápiz. La vida era difícil porque eran pobres. Hubo días que no tenían nada que comer, muchas veces no tenían ropa y andaban descalzos.

Pero Juana recuerda que tuvo una niñez muy feliz, aunque sabe que su niñez fue muy diferente en comparación con la de otras personas. Ella jugaba con canicas y como no

tenían dinero, su papá le hacía muñecas de madera. “Para uno de pobre que no conocía otro juguete, una muñeca de madera era bonita”, dice.

“Para uno de pobre que no conocía otro juguete, una muñeca de madera era bonita”.

Su partida

En 1981, Juana y su familia estaban durmiendo. En eso oyeron que tocaban la puerta. Algo les dijo que no era algo bueno. Antes de esto, su familia ya había hablado de qué hacer en una situación como esta. Juana abrió la puerta de atrás para salir corriendo al campo. Corrió hasta que encontró una letrina, y por suerte, todos se encontraron en el mismo

Ilustrado por: Catherine Carstens





Ilustrado por: Catherine Carstens

lugar. Regresaron a su casa hasta el amanecer. Encontraron que los soldados andaban en el pueblo. Cuando llegaron a la casita, la encontraron destruida. Encontraron el radio azul de la familia tirado en el piso, pero no se había quebrado completamente. La guitarra de su hermano quedó rota, como si alguien la hubiera pisado. Tenían una caja para echar ropa y la encontraron tirada con todos los documentos importantes.

“La gente pobre sufría más por la guerra porque los ricos podían irse, pero los pobres no”, dice Juana. En ese momento, Juana supo que tenía que salir de ese país.

“La gente pobre sufría más por la guerra porque los ricos podían irse, pero los pobres no”.

Juana no le dijo a nadie que se iba a Estados Unidos. Tenía 500 dólares que le mandó su hermano que emigró antes que ella. Tenía que irse en secreto porque era muy peligroso salir del país.

“Si no me mataba una bala, me iba a matar el hambre”, pensó Juana en esos momentos. Ella empacó dos pares de pantalones, un par de zapatos y sus dos camisas.

“Si no me mataba una bala, me iba a matar el hambre”.

Llegó a Estados Unidos el 14 de febrero de 1982. Llegó a una ciudad iluminada. Pero también era nuevo y confuso. Llegó y siguió trabajando, pero lo pudo hacer en paz. Un día, su hermano le preguntó si podía llevar a su sobrino a la escuela. Ella lo llevó a la escuela sin problema, pero al



Ilustrado por: Catherine Carstens

regreso, Juana se perdió. No reconoció las calles y no sabía, pero sí logró llegar a su casa.

Juana mantenía a sus papás. Con lo que ella hacía en el trabajo, se los mandaba a sus papás. Juana dice que cuando llegó, no había tiempo para extrañar a su país o su familia. No se sentía triste porque no había tiempo para detenerse y pensar en las cosas. Pero cuando se calmó un poco su vida, Juana se casó y es una mamá de 3, incluyéndome a mí.

Juana es mi mamá. Ella nos cuenta estas historias de su juventud. Cuando mi mamá me llevaba al kínder, se animó a aprender cómo escribir. Yo y

ella aprendimos cómo leer y escribir al mismo tiempo y en un lenguaje que las dos no conocíamos, el inglés. No fue hasta entonces que mi mamá aprendió cómo leer y escribir, y finalmente pudo leer las cartas que le mandaba su papá desde El Salvador.

Mi mamá es una mujer que le enseña a su familia a apreciar la vida. Es una mujer que, de tanta tragedia, se pudo superar y nunca perdió su corazón de oro.

**“La gente pobre
sufría más por la
guerra porque los
ricos podían irse,
pero los pobres no”.**

Capitula
13

El nido vacía

Por Camila Lehmann

Solange Lehman, originaria de Santiago de Chile, cuenta su migración a Estados Unidos, las dificultades de adaptación en su juventud, la formación de su familia y cómo encontró compañía y sentido en el amor incondicional de su perrita.

Yo soy de Santiago de Chile, yo vine a los Estados Unidos varias veces a visitar, porque mis hermanos vivían allí y toda la familia de mi papá. Entonces yo siempre, desde que tuve esa razón, supe que iba a emigrar a este país, me vine a los 22 años. Fue difícil dejar a mis amigos porque yo siempre he vivido en una burbuja. Tenía que hacerlo, no me iba a quedar sola en Chile.

“Yo siempre, desde que tuve esa razón, supe que iba a emigrar a este país”.

Me embarqué un 22 de diciembre y llegué el 23. Me vine con mi papá, ya que mi mamá ya estaba acá; llevaba un año ya en EE.UU. Estuve en Chile por un año y solamente me quedé con mi papá. Llegamos los dos, llegamos a la casa de mi hermano y estuvimos ahí por un mes, aproximadamente 15

días, y ahí nos rentamos nuestro propio departamento. Así que empecé bien, con ganas de volver a Chile porque yo no me acostumbraba. Mi primera impresión de Los Ángeles fue que era todo aburrido porque yo estaba acostumbrada a salir de lunes a lunes, llegar todos los días a las 2 ó 3 de la mañana y cuando llegué acá todo se cerraba temprano. No tenía muchos amigos y me costó mucho acostumbrarme, la verdad. Yo me quería devolver, yo vine a una edad que era solo pasarla bien no quería pensar en mi futuro.

Me puse a estudiar inglés, he estudiado tanto inglés que nunca lo aprendí bien, pero salió un poco. Bueno, a el papá de mis hijos lo conocí en el año 1995 en 4 de julio, lo miré y me gustó de inmediato. Después empezamos a salir y me enamoré y tuve tres hijos. A mí me gustaban los perros, pero de lejos no me gustaba que se subieran a mi cama, pero



Ilustrado por: Joie Solano

cuando llegó mi perrita, no sé, pero me cambió mi vida y mi pensamiento, pero rotundamente. Mis tres hijos crecieron; entonces yo sentí el nido vacío, porque me encontré sola. Ya no tenía que ir a buscar a mis hijos al colegio, no los tenía que llevar al ballet, no tenía que hacer nada y mis hijos nunca estaban.

Entonces como que me refugié en mi perrita y la empecé a observar. Entonces ella depende 100% de mí. Es mejor el amor de perro que el de humano.

“Mi perrita me cambió mi vida y mi pensamiento, pero rotundamente”.

**“Yo siempre, desde
que tuve esa razón,
supe que iba a
emigrar a este país”.**

Capitula
14

Oportunidades y bendiciones

Por Jhonatan Navarrete

Yeni López llegó a Estados Unidos a los 17 años, trabajó por necesidad, y encontró un profundo propósito sirviendo a personas con discapacidad, una experiencia que transformó su vida.

Llegué a los Estados Unidos cuando tenía 17 años, llegué con la ilusión de superarme, de salir adelante, de querer estudiar, pero no pude porque tenía que trabajar. Se me hizo muy difícil poder hacer las cosas porque a pesar de que uno tiene muchos sueños y busca oportunidades, el idioma y todas las situaciones que se presentan en este país son muy difíciles. Entonces, a veces te ves obligada a hacer un trabajo que quizás no quieres hacer, pero debes, aunque esos no sean tus sueños.

Llegué a este país con la ilusión de superarme, pero muchas veces tuve que hacer trabajos que no eran mis sueños”.

Cuando llegué a este país por personas conocidas me involucré en trabajos de fábricas de maquiladoras

en costura y todo eso, así fue como comencé a trabajar. Al principio trabajé en una casa donde hacían unos vestidos para niñas. Era muy poco lo que me pagaban en primero, porque era menor de edad, me pagaban \$130 a la semana. Después comencé a tener experiencia en lo que era la ropa. Encontré trabajo en otras compañías como planchando, poniendo etiqueta de precio a la ropa, pero igual nunca gané más del sueldo mínimo. Simplemente me pagaban por pieza, por lo que hacía y si no había trabajo, aunque yo estuviera en la compañía, no me pagaban.

Recuerdo que miraba a las mujeres manejando los buses y siempre se me dio curiosidad por decir: “bueno porque yo no puedo manejar un bus.” Cuando no tenía trabajo en las compañías de ropa comencé a buscar una escuela donde me



Ilustrado por: Catherine Carstens

prepararan para poder sacar una licencia comercial y ahí me ayudaron, fue un poquito difícil pero sí me esforcé bastante. Recuerdo que en el departamento de motores y vehículos hicimos cinco exámenes escritos que tenía que pasar. Uno de frenos, otro de aire pasajeros. Los carros grandes tenían que pasar el examen de las señalizaciones y también tenían que pasar el examen de los carros regulares. Luego hicimos el examen práctico, gracias a Dios, lo pasé. Después comencé a buscar trabajo, no era fácil porque siempre te piden experiencia para todo. Entonces comencé a tocar puertas, siempre me decían tienes que tener experiencia en el distrito escolar de Los Angeles, o en la ciudad. Cuando saqué la licencia, recuerdo

que en el departamento de motores y vehículos vi a unas personas que venían de una compañía y les pedí su número de teléfono. Cuando me cansé de buscar trabajo contacté a ese lugar porque ya me estaba dando por vencida y estaba a punto de regresar a lo mismo. Ellos me dijeron que sí tenían una oportunidad para mí. El trabajo era para trabajar con gente discapacitada y sacarlos de su casa, llevarlos a centros donde ellos recibían ayuda, donde los cuidaban. Algunos trabajaban, había personas con problemas de capacidad, había personas completamente paralizadas en sillas de ruedas.

Al principio, cuando fui a ese trabajo me dijeron: “si tú quieres puedes probar unos días, hay que trabajar con ellos y hay que

cuidarlos". Tú vas a traer un asistente, tú vas a manejar y va a andar un asistente contigo". Al principio comencé a ir una semana para ver cómo era el trabajo.

No sabía si acercarme a ellos y tocarlos porque a veces teníamos que ponerles el cinturón de seguridad y subir las sillas de ruedas. A veces ellos como bebés me agarraban la ropa, me jalaban un poquito y me asusté, pero entendía la situación de estas personas. Quería tener experiencia y después de aquí tocar otra puerta para que me saliera una mejor oportunidad y decidí quedarme en ese trabajo. En ese trabajo me estuve varios años, ahí al principio me asusté, pero hubo muchas experiencias muy bonitas.

Conocí muchos lugares aquí en California, muchas ciudades. A veces entraba a las 5:00 a.m., a veces salía a las 7:00 p.m. porque era un proceso de llevar a estas personas de su casa a un centro y dejarlas ahí y luego regresar en la tarde por ellos. Había algo que al final del día del cansancio me dejaba una satisfacción porque sabía que estaba haciendo algo bueno. Siempre en mi corazón sentí que Dios me llevó a ese lugar. Conocí gente linda, inocente, gente adulta que tiene un corazón de niño que cuando ya tenía mucho tiempo que llegaba por ellos a su casa me miraban y aplaudían en su silla de ruedas y me abrazaban.

Cuando no podía ir porque tenía una cita médica con mis hijos o tenía alguna reunión en la escuela, otro conductor tenía que cubrirme en el bus y ellos lloraban mucho por mí. Al principio a mí me daba miedo, pero los llegué a sentir tan míos en mi corazón y conocí familias lindas. Creo que solamente esas personas son ángeles aquí, no cualquier persona tiene un hijo como ellos, porque no es para cualquiera. Es saber que estos

papás tienen un niño de por vida. Eso para mí fue algo increíble que quizás cuando miraba eso pensaba que solamente existía en la televisión, pero ya cuando me involucré con estas personas y vi cómo sus papás me agradecían cuando los llevaba a sus hijos. Tuve la experiencia de que una vez me cambiaron de ruta y llegué a un centro donde había uno de ellos que estaba en la otra ruta que yo hacía y él, cuando me miraba, lloraba mucho por mí y me agarraba de mi camisa de uniforme y me decía: "Me quiero ir contigo".

También conocí tantas experiencias, cada historia de cada persona. La verdad que cambia la vida. Ese trabajo para mí lo tuve muchos años y siento que Dios me llevó a ese lugar para valorar lo que tenía y saber que era bendecida. Hasta que uno conoce ese tipo de gente es que te das cuenta de las bendiciones que tienes realmente y que a veces no damos las gracias. A veces nos quejamos porque no tenemos para salir, pero realmente este tipo de gente cambió mi vida de una manera muy bonita.

Después, cuando agarré el trabajo que estoy trabajando ahora en una oficina, un negocio independiente con mi familia. me sentí muy contenta y le agradezco a Dios porque puedo estar más cerca de la casa de mis hijos y estar más pendiente de ellos, pero realmente doy gracias a Dios por lo que tengo, porque sé que Dios me ha llevado de un paso a otro paso. El negocio que tenemos es trabajo, pero es un trabajo donde sabes que te está dejando algo. Pero realmente siento que no estoy ayudando a otra persona como lo hice en el otro lugar. Era como si en el otro trabajo donde trabajaba en el bus quizás no era mucho, pero había esa recompensa de

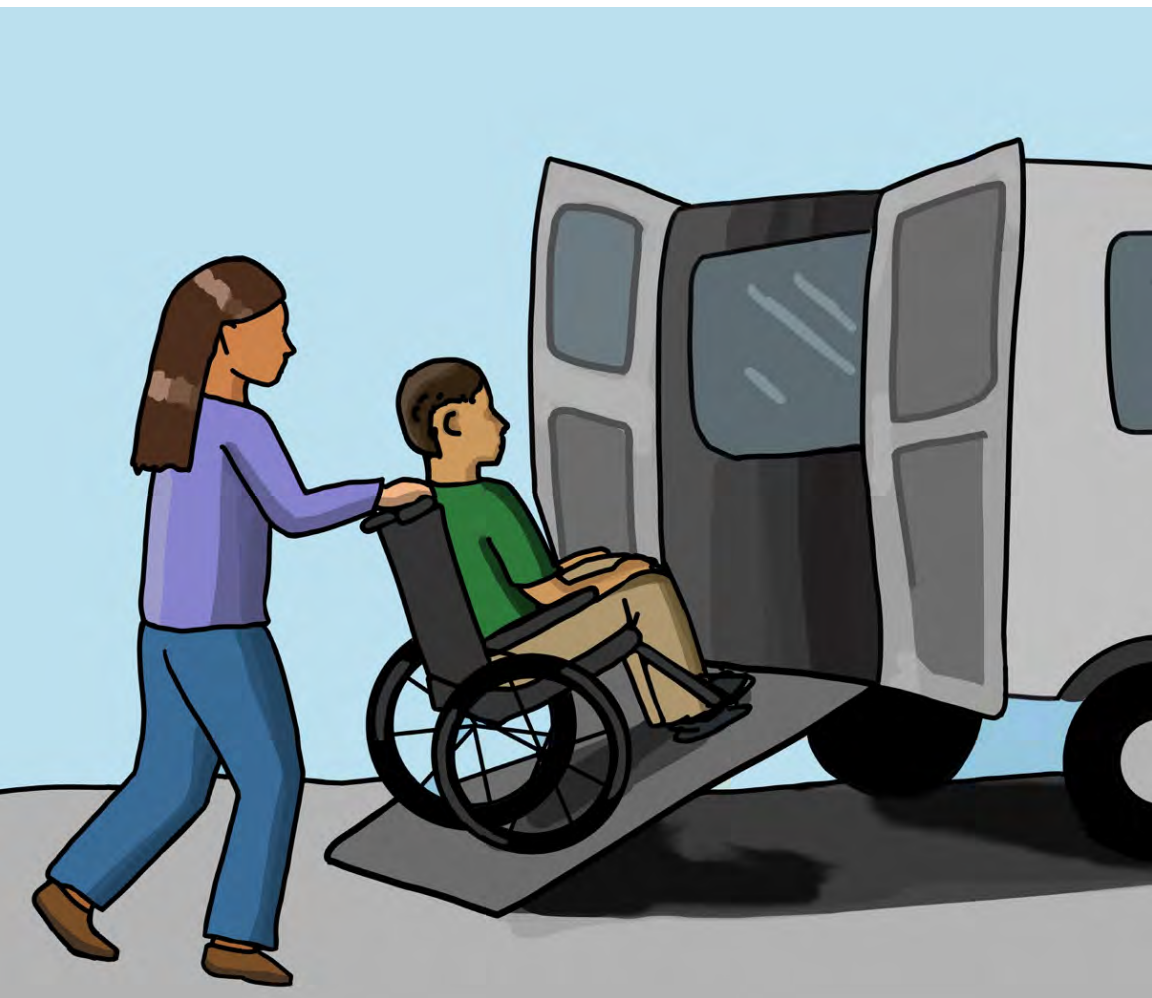
todos los días saber que no simplemente era un trabajo, sino que había algo en el corazón porque estás haciendo algo bueno que se quedaba en mi interior.

Entonces siento que a veces vemos los trabajos simplemente para obtener dinero, obtener riquezas y eso es bueno, pero también hay riquezas en el corazón que valen muchísimo. Pienso que todo lo que tú obtienes, debes también usarlo para bendecir a otras personas. Que, si tú aprendes a hacer un negocio y sabes que alguien tiene una necesidad, tú puedes darle la mano para que también esa persona salga adelante.

“Hay riquezas en el corazón que valen muchísimo más que el dinero”.

Lo mejor en nuestro corazón es saber que estás haciendo las cosas bien y que te sientes libre internamente. Me siento muy contenta y siento que soy una mujer muy bendecida.

Ilustrado por: Catherine Carstens



**“A veces uno
tiene que aceptar
trabajos que no
son sus sueños
para poder salir
adelante”.**

Capitula
15

Trabajo duro y recuerdos del campo

Por Melody Soto

Un recuerdo íntimo de la infancia de Teresa Soto en el campo de Michoacán, donde el trabajo agrícola, la familia, la escuela intermitente y los juegos sencillos se entrelazan como una forma de vida llena de esfuerzo, comunidad y cariño.

Yo tengo muchas memorias de cuando estaba chiquita en Michoacán, México. Yo iba a pisar, a sembrar garbanzo y a cortar el garbanzo. Nosotros íbamos en el burro.

Es temporada de garbanzo y empieza a salir en una semana y la palota se seca. Hay que juntarlo, hacer montoncitos y montoncitos y lo lleva la máquina, la máquina tiene que hacerle un montón y había que aventárselos en los dientes a la máquina porque va dando vueltas. Antes juntábamos un montón y con la yunta se machucaba alrededor, le daban vueltas con un rodadero. Son dos güeyes y le ponían el yugo.

Después, en un yugo, ponen los dos güeyes: Uno yugo en los cuernos y, en medio del arado, para que lo vaya jalando.

El garbanzo se sembraba y el trigo tenía que barbechar. Primero se barbecha con el arado para arriba y para abajo. La tierra como harinita se colaba. En estos tiempos le meten el tractor, ahora es más fácil. Yo me acuerdo de que con el trigo aventábamos los puños rápido.

“Desde chiquita como de unos siete años andaba en el campo, me gustaba ir con mi papá”.



Ilustrado por: Josh Reyes

Desde chiquita como de unos siete años andaba en el campo, me gustaba ir con mi papá. Mi mamá nos llevaba de comer. En veces no había escuela, pero cuando había nos quedábamos en casa, pero casi no había quizás dos ratos a la semana. La maestra, una sola maestra la mandaban a todos los ranchos y cuando llovía no iba como no había carretera. En ocasiones la llevaban en un caballo.

Yo fui a la escuela de primero hasta tercero. Los pocos días que fui me acuerdo de que ya después cuando ya iba a terminar la primaria fueron un maestro y una maestra. Ellos nos enseñaron un baile tan bonito que nunca había bailado. Ponían un palo grandote como poste, y luego alrededor tenía como un aro alrededor y de ahí tenía listones pegados, dos listones para cada uno así alrededor. Nosotros bailábamos y se tejían los listones. Bien bonitos los listones de

todos los colores. Quedaba bien bonito como si hubiera sido un abanico redondo. Quedaba tejido todo desde arriba hasta abajo. Íbamos bailando y se iba tejiendo.

“Bailábamos con listones de todos los colores”.

Todo lo del campo me gustaba a mí, me gustaba todo porque mi mamá nos ponía gruesitas con frijoles o con chile para el almuerzo. En veces nos quedábamos en el campo con mi papá y él nos hacía casitas del rastrojo. Cuando ya el maíz se seca, lo cortaba desde la patita y juntábamos manojos. Pero con una misma mata de maíz se amarraba el primer manajo. Lo abrían los manojos para ahí otro para acá y quedaba abierto. Y ya en eso, ya se le recargaba más y quedaba como casita, y nomás le dábamos una puertita.

“En veces no había escuela, y cuando llovía la maestra no podía llegar”.



El equipo de *El Nuevo Sol*, reporteras del periódico *Impulso de Oaxaca*, estudiantes de periodismo de la Universidad del Estado de California en Long Beach, y estudiantes de arte de *IntersectLA* de la Universidad del Estado de California en Northridge presentan en este libro historias de mamás que van de lo extraordinario a lo cotidiano, de lo trágico a lo cómico, de lo alegre a lo triste; historias que inspiran y alientan a la búsqueda de un futuro mejor. Todas forman un mosaico de muchos colores que nos muestra la riqueza y diversidad de las trayectorias de vida de las mujeres latinas en el sur de California. Los relatos presentados aquí son en su mayoría recogidos por las hijas y los hijos de estas mujeres llenas de amor y sueños y son ilustrados por un grupo de estudiantes artistas que nos ayudan a visualizar estos relatos.

